

# La Esfera

22 Diciembre 1917

Año IV.—Núm. 208

ILUSTRACION MUNDIAL



LA FRAGUA DE VULCANO (detalle), cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado



La fiesta de Navidad en un hospital de marinos ingleses, convalecientes de la guerra  
DIBUJO DE MACPHERSON

## DE LA VIDA QUE PASA LA POLIGAMIA OBLIGATORIA

CUENTA muy seriamente un periódico francés, que Alemania se propone instituir de un modo oficial la poligamia y, como es natural, organizarla apenas termine la guerra.

Y exclama acto seguido: «¿Y en Francia? ¿Es que vamos á consentir que se nos adelante el enemigo?»

Si llegasen á prevalecer estas ideas que, en forma más ó menos seria, ruedan por la Prensa mundial desde que la espantosa lucha ha cercenado del cuerpo de las grandes naciones europeas sus miembros más útiles, la metamorfosis que el hecho produciría sería de una trascendencia social y económica superior á lo que el más extravagante cerebro revolucionario pudiera concebir en sus delirios renovadores.

Y, sin embargo, esas ideas carecen del sugestivo aparato de la novedad.

Son una revelación del agotamiento moral y físico de las razas. La demostración de la teoría de William James, de que el espíritu marcha á compás de la materia en sus evoluciones dolorosas.

La historia social, como la política, se repite á través de los tiempos. Lo que diputamos progreso, es, á veces, retroceso.

La Humanidad, como el famoso literato francés, toma su bien en donde lo encuentra. Y con ello cumple el principal deber que le ha sido impuesto, al otorgar Dios al hombre la inteligencia, puesto que se la ha dado en concepto de arma defensiva para que la emplee en la conservación de la especie.

Con frecuencia calificamos de evolución progresiva y reputamos conquista civilizadora lo que en siglos pretéritos constituyó un matiz, un grado del esplendor que puso en las ingentes cimas del señorío intelectual de su tiempo á monarcas y guerreros, oradores y poetas, filósofos y artistas.

No hay nada nuevo bajo el sol. Las aguas dispersas tornan á su cauce. El pensamiento humano es á manera de espejo en que se refleja constantemente el mismo desfile de los hechos de la vida, el mismo paisaje, los mismos elementos de conocimiento; porque la Naturaleza no ha

alterado con el tiempo las células epiteliales modificadas de que las fibras nerviosas del hombre se sirven para recoger las vibraciones exteriores y adentrarlas hasta la región en donde el espíritu se comunica con la materia.

En la estrecha coordinación de las cosas es imposible evitar que el efecto deje de obedecer á la causa, y por esta razón de lógica no hay posibilidad de eludir el imperativo categórico dominante en todo cuanto afecta á la trayectoria impuesta por la limitación de la inteligencia, en su ciclo de intuición, de percepción, de observación, de conocimiento y de juicio.

¡Cuántas cosas inventamos que han quedado enterradas bajo las ruinas de civilizaciones muertas y cuyo secreto silencian los sepulcros ignorados, ocultos bajo los páramos ó los campos verdeantes del mundo!

Y ahora, muy satisfechos, solemos pregonar las bienandanzas que nos reportaría el retorno á costumbres que en nuestros afanes innovadores destruimos, considerándolas absurdas y acaso salvajes, tolerables sólo en pueblos primitivos.

En las modas de las mujeres; y en la política de los hombres, es donde mejor puede apreciarse el círculo vicioso en que gira eternamente el ideal humano.

Grecia y Roma vuelven á ser fuentes de inspiración de los modistos, como lo son de las modernas artistas de variedades, evocadoras de las danzas paganas.

Y las sufragistas y los radicales promotores de lo que consideran como programa de progresivas civilizaciones, demandando el voto para la mujer y el reconocimiento de su personalidad jurídica, ¿qué hacen sino exhumar derechos arcaicos que en la Edad Media conocieron algunos países y que en el propio Aragón ejercitaron las mujeres cabeza de familia, que se hacían representar en Cortes por sus procuradores ó delegados?

En esa trayectoria del pensamiento humano, que no puede desviarse de la órbita que le obliga á recorrer la ley de naturaleza, tropieza ahora con la poligamia, como único y supremo

bien, que aporte frutos de bendición á los campos malditos en que la guerra aventó la semilla que en el surco de la civilización comenzaba á retoñar con vigorosos esplendores.

Los musulmanes están de enhorabuena. Dentro de poco el Korán podrá llegar á ser el libro de horas de los supercivilizados.

Y nada tendremos que envidiar á aquellos medio descastados mormones, que hasta no hace mucho tiempo convirtieron la ciudad del Lago Salado en un emporio digno de los cuentos orientales.

Si el propósito que los franceses atribuyen á Alemania llegase á prosperar, y ellos adoptaran el sistema, no cabe duda que lo impondrían al mundo entero, como árbitros que han sido siempre de modas, costumbres y gustos literarios y gastronómicos.

Entonces sería frecuente oír: «Don Fulano es muy rico; tiene veinte mujeres.» Como ahora se dice de los labradores acaudalados: «Tiene diez pares de mulas.»

Y pudiera darse el caso de Brigham Young en la ciudad del Lago Salado.

Paseábase por la población el Sumo Sacerdote de los mormones, cuando en una plaza le sorprendió terrible lucha que reñían diez ó doce muchachuelos.

—¿Qué es eso?—exclamó el gran jefe, interponiéndose entre los combatientes—. Todos detenidos.

Luego, encarándose con uno de ellos, le preguntó:

- ¿De quién eres tan mal hijo?
- De Brigham Young—contestó el chiquillo.
- ¿Y tú?—repitió el jefe, dirigiéndose á otro.
- De Brigham Young—respondió.
- ¿Y tú?
- De Brigham Young.

El Sumo Sacerdote se detuvo, temeroso de oír á los demás.

Porque el santo varón no conocía á la mayor parte de sus descendientes.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

# EL NACIMIENTO

(Fragmento inédito del libro en prensa "Recuerdos de niñez")

DESDE el día de Todos los Santos esperábamos los niños ansiosamente las fiestas de Navidad.

Los días eran cortos y melancólicos los atardeceres. La *señá* Leonor vendía castañitas asadas bajo los soportales de la plaza. Los chicos nos recogíamos en casa después de merendar. Había una novena de Animas en la iglesia románica de San Juan, donde el sacerdote refería ejemplos terribles de condenados que se retorcián, como sarmientos secos, entre las llamas infernales. Y al acabar la novena, el pueblo prorrumpía en un canto que era un sollozo, en un canto que era un lamento desesperante, donde vibraban terrores milenarios y espantosos.

¡Ay! Aquellos cantos me quitaron más de una vez el sueño. Y las benditas almas del Purgatorio, que yo me imaginaba con rabillo rojo como el diablo, me lo quitaron también. Durante un mes de Noviembre hubo en Alba eso que llaman cuadros disolventes: historias de aparecidos, de fantasmas, de espíritus en pena. Llegó a descomponerse el cordaje de mis nervios infantiles. Tuve pesadillas. Mi madre comenzó a preocuparse seriamente de mi estado. En el espejo bruñido y virgen de mi espíritu se reflejaban fuertemente las impresiones recibidas.

Mi padre fué nombrado, por empeño del subsecretario de Hacienda, Isidoro García Barrado, fiscal municipal. Lo dijo en casa después de comer al recibir el nombramiento; yo se lo conté á una vecina y amiga nuestra, doña Sofía, que tenía una escuela de niñas en su casa. Doña Sofía me dijo que el oficio de papá, el de acusón, era el mismo oficio que tenía el diablo. Aquellas palabras causaron un efecto singular en mi alma. Fuí corriendo á casa, abordé á mi padre en un tono resuelto, que no dejó de sorprenderle, diciéndole que no fuese fiscal ni un solo minuto más, porque se condenaría. Mi padre se rió primero á carcajadas; pero advirtiéndome que no fingiera excitación, procuró disuadirme de que aquella profesión de fiscal municipal era más inocente que un cordeillo blanco...

Decía—perdone el lector estas divagaciones—que desde el día de Todos los Santos esperábamos los niños ansiosamente las fiestas de Navidad. Venían primero los Santos con los puestos de castañitas asadas y con los buñuelos de viento; los Difuntos con la obligada visita al camposanto, con las rosas de pan blanco y mollar, con los hachones amarillos; la novena de San Juan; el santo de mi padre, con las partidas de tresillo que duraban toda la noche; la fiesta de



"La adoración de los pastores", cuadro de Mengs, que se conserva en el Museo del Prado

la Purísima Concepción, también en San Juan, con las ringleras de niños blancos y bonitos en la procesión de prima tarde. Venía, por fin, la matanza.

□□□

Llegaba Navidad. No tocaba nunca la lotería. La Nochebuena venían á casa los abuelitos. Las monjitas mandaban la colación; pavos, los charrros; cigarros, vinos y turrones, los amigos. Las Hermanas de la Caridad enviaban unas mantecadas riquísimas; tarta de almendras las Benitas. Las hijas de Santa Teresa la tortilla carmelitana de vigilia.

Yo me pasaba comiendo todo el día con creciente apetito; verdad es que no paraba un solo minuto de la mañana á la noche.

La cena. Alegría. Intimidación. Grata expansión en torno á los manteles blancos. Papá bailaba. Los chicos nos vestíamos de mamarrachos. El abuelo Miguel comía y callaba. Se prolongaba la cena hasta después de media noche. El volteo alegre, atropellado, violento de las campanas de los Padres, brincaba dentro de mi corazón. La

misa del Gallo nos íbamos todos á los Padres.

Yo subía al coro. Tenía un amigo, el hermano Hilario, que me daba confites y recordaduras de hostias y de formas. En el coro sonaban las zambombas, las panderetas, las castañuelas. Con un aparatito de hoja de lata, relleno de agua, se imitaba el canto del canario. Yo era el encargado de soplar aquello. Hacía filigranas. Gorjeos más bonitos no se oyeron nunca en la virgen América. Me tenía dicho el buen lego que en el *Credo* y en el *Gloria* trinase todo lo que me viniese en gana, pero que al llegar á la consagración, moderase prudentemente mis modulaciones. Y no podía contenerme. El pajarito seguía cantando en la enramada, cuando el Ministro del Altar ofrecía á los fieles la Carne y la Sangre del dulce Cordero Inmaculado. No había modo de hacerme callar.

Después de la misa bajaba á ver el Nacimiento, que estaba á la izquierda del altar mayor. Cintas de papel de plata simulaban arroyos y regatos; había viejas muy graciosas con cestas al hombro, pajes, pastores, pastorcitas, puentes rústicos atrevidísimos, chozas y cabañas de naia. El niño Jesús recibía, desde el portal, el aliento del bondadoso buey. Las figuritas de la Virgen y de San José respiraban una tristeza dulce y melancólica. Una estrellita de avalorios mostraba á los Reyes Magos—Melchor, Gaspar y Baltasar—el camino de Nazaret. Y había corderitos blancos, ovejitas rojas, bueyes con cuernos retorcidos, gansos sobre un

lago formado de papel de plata, pajaritos en las enramadas, árboles corpulentos, musgo, vereditas de arena, castillos feudales, casas de campo de estilo suizo...

Todos los días los Reyes Magos, con su impedimenta de pajes, criados y presentes que iban á regalar al Niño-Dios, se acercaban un poquito más al Portal de Belén. El día de los Santos Inocentes aparecían unos bebés de cartón, desnarrigados, descabezados, recibiendo con cara asustada los hachazos de los verdugos y esbirros del Rey Herodes. Y el día de los Reyes desmontaban de sus cabalgaduras á Melchor, á Gaspar y á Baltasar, y aparecían ofreciendo ante el portal sendas costaladas de oro, incienso y mirra.

Yo soñaba las noches de Navidad con estas cosas, acariciando al niño Manolo, viendo la bondadosa sonrisa de la Virgen, oyendo la aspiración bronca del pobre buey, escuchando el rumor de las zambombas, de las sonajas, de los panderos, de los tamboriles...

José SÁNCHEZ ROJAS

SILUETAS DE DIBUJANTES  
ANGEL CEREZO VALLEJO



"Paisaje", dibujo de Cerezo Vallejo

HACE ocho ó nueve años se reveló Cerezo Vallejo en una exposición de caricaturas del Salón Iturriz. Frente á las estridencias coloristas ó las grotescas escenas de los otros dibujos, los dibujos de Cerezo Vallejo eran como un remanso de tonos suaves y episodios tristes. Podrían hallarse, en las obras ajenas, influencias notorias y antecedentes conocidos; sorprendían, en cambio, las obras de Cerezo Vallejo por su sinceridad casi feroz y su ingenuidad expresiva.

Poco después, el joven artista celebraba una exposición personal. Ya entonces, desprovisto de vicinidades peligrosas, podía juzgarse la extraña y sombría tendencia, sobre la cual parecía pesar trágica fatalidad.

Nos hallábamos en presencia de un pesimista que abrumaba sus personajes bajo plúmbeos celajes, á lo largo de caminos tortuosos y desolados, ó entre los recovecos y encrucijadas de callejas tortuosas, formadas por casas viejas y de inestable equilibrio.

Se pensaba en Goya y en Steinlen y en Alois Kolb Pero de un modo vago y lejano, sin directas concomitancias, sólo por la común sensación de miseria fisiológica y atormentadora impasibilidad que maculaba sus personajes y caracterizaba sus fondos.

Pero nos atraían los hombres encorvados y zambos, las mujerucas con

trazas de celestina y de bruja, las muchachitas del rostro oval y absorto, los niños encanijados que levantan sus manitas hacia la luna como hacia un globo cuyo hilo se les hubiera roto... A veces estas figuras se agrupaban, y eran entonces tétricos desfiles de beatas camino de una vieja iglesia románica; hordas de borraños que ponían tufaradas e vinazo y estrépitos de ranciones y pataleos báquicos en el misterio antiguo de una ciudad secular; fugitivas teorías de doncellitas blancas, en estériles crepúsculos sobre una tierra yerma...

Conocimos entonces al artista. Era un adolescente envejecido por los sueños. Flaco, nervioso, tímido y pendenciero para vengarse de su timidez, veía las cosas y los cielos á través de sus lentes fuertes de míope, y las concebía debajo de sus melenas rebeldes. Parecía venir de muy lejos, con aquellos dibujos de ex hombres y de ex ciudades. Un alma de nihilista ruso parecía aposentada en su cuerpecillo magro. Pasaba por la vida como una sombra dramática y preñada de terribles enigmas reivindicativos.

Y, sin embargo... ¡qué ansia infinita, insatisfecha y constante, de amor, de felicidad, de bellos espectáculos y escenas plácidas latía en el fondo de este huracán temperamento! El artista destilaba en sus cartones, como un veneno, la letal melancolía de un



"La casa blanca", dibujo de Cerezo Vallejo

supercivilizado, hundido, á pesar suyo, en bárbaros y oscuros ambientes. El quisiera realizar un arte sonriente, tranquilo, armonioso, y la vida le obligaba á ser hosco, feroz y sórdido.

No; no servían ciertamente aquellas primeras páginas de Cerezo Vallejo para ornar *boudoirs* de damisela ó despachos de banquero, ni garzoneras de «niño bien». Destilaban demasiado dolor, nublaban con demasiada amargura, rugían y crispaban los puños como figuras de motín.

Lógicamente, Cerezo Vallejo no podía hacer fortuna pintando de aquel modo. La hipocresía humana tiene horror á semejantes espejos implacables.

Cerezo Vallejo marcha entonces á París. Colabora en algunas revistas francesas, asoma en algunos cenáculos montmartreses su perfil de estudiante moscovita y se cansa pronto de Francia. Ya hemos dicho que es un

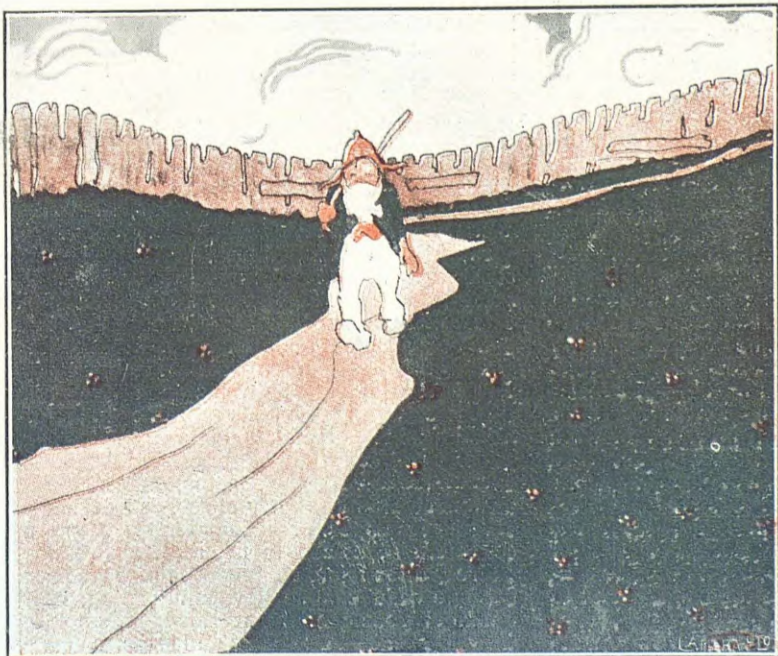


"Una chula"

hombre tímido é irascible, un envejecido por el ensueño que espiritualiza su vida material hasta un punto casi enfermizo.

Y se suceden entonces, después del retorno á España, unos años de silencio, de aislamiento y de sombra. El artista frecuenta los museos y los gabinetes de estampas de las bibliotecas, recorre los pueblos de Castilla como un trotamundos sin fortuna, enamorado de los horizontes...

Poco á poco, el arte de Cerezo Vallejo se aclara, se simplifica. Primero substituye aquellas torvas y macizas manchas por líneas sutilísimas que parece van á quebrarse, y que sugieren la idea de arañentos hilos. Las siluetas humanas conservan todavía cacoquímicos encorvamientos y jibosas pesadumbres; los edificios se resquebrajan, se agrietan y avanzan la hidrópica línea de sus hinchazones ruinosas; las lejanías se insinúan en



"El gnomo de viaje"



"Vagabundos"

trazos angulosos, secos, ásperos, que no tienen la muelle ondulación de femeninos senos.

Luego el color se torna más diáfano, más transparente, más alegre, más de primavera pomposa y de lánguido otoño y menos obstinado en las invernales durezas ó las macabras nocturnidades.

Por último, brotan las sonrisas de los niños y de las mozas campesinas. Son niños mofletudos y jocundos que aclaran de optimismo la trayectoria técnica y el impulso sentimental de Cerezo Vallejo. Son muchachas con zagalejos detonantes sobre las pardas tierras, con gayos pañuelos que las envuelven la sana carnación de los rostros.

El artista ha eliminado lo que pudiera haber de literatura, de obsesión partidista en sus dibujos, y ha adquirido, en cambio, mayor dominio de la línea y del color paralelamente á una mayor experiencia vital.

Así hallamos junto á estos deliciosos caprichos de paisaje que evocan



"Las humildes"

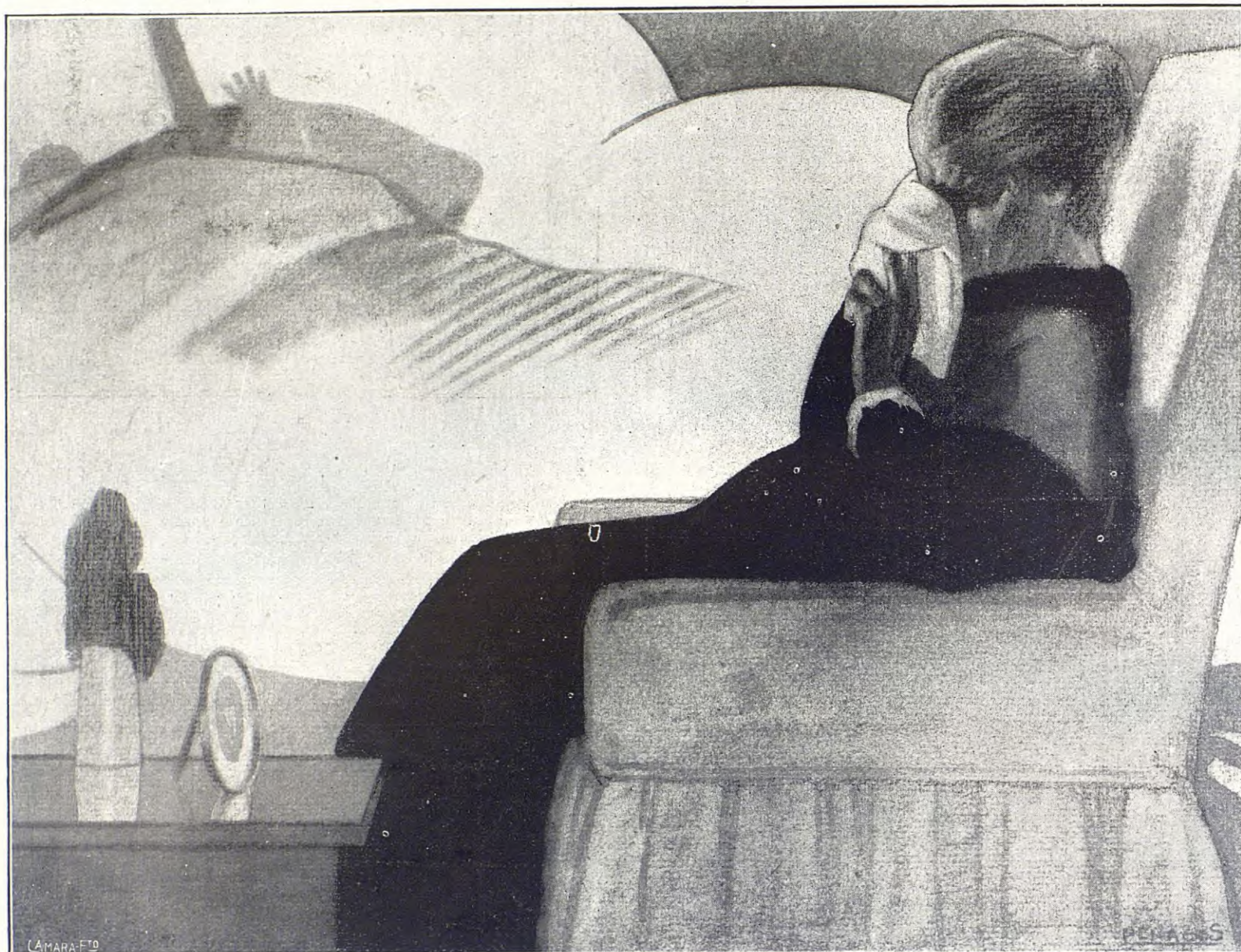
(Dibujos de Cerezo Vallejo)

el recuerdo de japonesas estampas, rudos y fuertes cuadros del agro castellano y de los labriegos de pardo indumento. Fantasías románticas envaguecidas de idealismo y cabecitas ingenuas de chiquillo que contemplan la existencia como una aurora vernal.

Y siempre con un aspecto fresco, espontáneo y personal que constituye su más limpia ejecutoria de originalidad. Su abnegación también que le ha impedido claudicar dentro de la pureza artística.

Cerezo Vallejo ha tenido que aceptar una plaza de profesor de dibujo en una capital de provincia, donde pasará ahora, con la silueta de hombre flaco, tímido y miope, toda la enorme belleza inédita de sus obras futuras que hace esperar esta graciosa, sutil y armoniosa serie de dibujos, donde ríen los niños, sonríen las mujeres y sueñan los paisajes...

## CUENTOS DE "LA ESFERA"



## EL DESAPARECIDO

En aquella calle popular, transitada, llena de tiendas y próxima al mercado, la greguería de la Nochebuena era formidable hasta el amanecer. La familia Sampedro, que iba á sentarse á cenar, cerró las maderas, por no oír el rasgueo de las guitarras, los canticios de los beodos, el estridor de las trompas, el repique de las panderetas. Cuando la gente está contristada, el alborozo ajeno parece que aumenta el pesar.

La familia Sampedro no vestía luto; era algo peor: el peso de un misterio, de una trágica incertidumbre. El hijo menor, Solano, llevaba más de año y medio sin parecer, aunque se le buscaba incesantemente. Ciertos amoríos con una «pícaro» chalequera de profesión—¡ó vaya usted á saber!—, determinaron severidades del padre, honrado industrial, dueño de un importante establecimiento de ferretería; vino la tirantez, el rompimiento y, por último, la desaparición del muchacho.

Abrumada por mortal pesadumbre, suponía la madre que su hijo, al dar el «cabezazo», se había ido á la guerra, tragadora de gente; á las trincheras, en que el hombre se esfuma. Todos los incidentes y pormenores de tal hipótesis los repasaba constantemente en su imaginación doña Mercedes Sampedro. Veía á su hijo tendido, desangrándose; le veía en el hospital, agonizando, amputado, asistido por una mujer de blancas ropas y roja cruz; le veía en la fosa, descompuesto, olvidado bajo la tierra helada. La menos ter-

rible de sus visiones era el hijo hambriento, caído, enfangado, ardiendo en calentura, temblando de fiebre, sordo del estrépito del cañón, loco, aullando...

El resto de la familia—dos hijas, otro hijo muy laborioso y formal—, según iba pasando tiempo, por natural reacción, iba tranquilizándose, y hasta hubiese deseado distraerse un poco, que la vida normal siguiese su curso. Todos lo hubiesen deseado secretamente, sin confesárselo á sí propios. Pero, custodiando el fuego sagrado del recuerdo y del dolor, manteniendo viva la memoria del desaparecido, estaba la madre, para quien era siempre «ayer». Y ante su cara pálida y marchita, ante sus ojos de rojizo borde hinchado, ante su paso espectral al través de las habitaciones, como una sombra de desdicha, nadie se atrevía á sonreír, ni casi á levantar la voz. Los conatos de alegría, natural en la juventud, se estrellaban contra aquella amargura silenciosa y obstinada, aquel temblor de labios que delataba la interior congoja.

Y no siempre era silenciosa la amargura, no... Había días en que, como se desborda un río, salía el dolor de aquella alma. Sin resignación, acusaba en veladas frases al padre por quien el chico había dado el «cabezazo», á la mujer causada de los disgustos, y, sobre todo, insistía en lo imposible.

—Si yo no pido nada—articulaba roncamente—. Si yo ¡ya no quiero que mi hijo esté vivo y sano! Si yo sólo quiero una cosa bien sencilla,

bien natural, bien justa... A ver si hay alguien que diga que no tengo razón... Sólo quiero saber lo que le ha sucedido. Saber, saber... Si está en un cementerio, que me lo digan. Si está herido, igual. No, no pido disparates. ¡Saber!

—Puede que esté mejor que nosotros, mamá—alegaba Celita, la hija mayor.

Y una mirada desgarradora, casi de odio, contestación de la madre, probaba á la muchacha que, como siempre, el más desgraciado era el único amado, amado hasta suprimir, en el sentimiento maternal, á los restantes...

Por eso le temían, en casa de Sampedro, á la cena familiar de la santa Noche. Sería la menos regocijada, entre tantas que no lo eran, ni un instante. Poco importaba que la sopa de almendras estuviese exquisita, el besugo fresquísimo, con las rajadas de limón taraceando su blanca carne; de nada servía que la luz de la lámpara se reflejase tan alegre en el cuero fino de las granadas y en el oro intenso de las naranjas agrupadas en el centro de mesa; era inútil la invitación de los turrones compactos, en sus cajas de maderas claras y secas, y el rebrillar del manzanilla en las copas. Presidiendo la mesa, grave y concentrada, estaba la madre, fiscalizando al padre y á los hijos, contando, tal vez, los bocados que cada cual se llevaba á la boca, reprobando el goce que al hacerlo experimentasen. De vez en cuando, los ojos de la señora iban hacia el puesto vacío, la silla que no había consentido quitar. Y este solo giro de una mirada, era

suficiente para cortar el apetito, para nublar la hora que debiera ser feliz, de expansión íntima, en el recogimiento del hogar, consolador de todos los males. Así lo entendían el mismo padre, los mismos hermanos del desaparecido. Tenían derecho al consuelo, que si el vivir pasa como el humo, también la pena debe pasar, ó, al menos, calmarse. Lo pensaban, y jamás lo dirían. Un respeto, un amor les sujetaba al potro de la tristeza. El padre, acusado por su rigor de tener «la culpa de todo», hasta se hubiese arrodillado, pidiendo perdón. La tragedia, sospechada, adivinada, romántica, le subyugaba ante el enojo vengador de la madre...

Y apenas se atrevía á masticar su trozo de pez sabroso, jugoso de aceite dorado; doña Mercedes, de reojo, le condenaba, por aquel placer egoísta—el hijo acaso, á tal hora, no tendría ni un mendrugo de pan que roer—, cuando la criada, entrando aprisa, le habló al oído. Sampedro saltó en la silla, se levantó, salió precipitado. Suspendióse la cena. Una interrogación curiosa se expresó en los semblantes.

—¿Quién es, Manuela?—preguntó al fin Celita, la más avispada.

—Es... yo no le puedo decir... Es una chica... guapa ella... Quería ver al señor, en seguida.

—¿Es raro!—observó Celita—. A tales horas... Una luz singular pasó por las pupilas de la madre. Siempre esperaba el milagro... Se irguió, echó á correr. Y vió á la «pícará», con su cara graciosa de chula afinada, su mantillita echada atrás, su atavío entre populachero y aseñoritado; y oyó que repetía:

—Que sí, que es verdad. Que vengo á que disfruten una Nochebuena tranquila. El no me lo ha encargao, no, señor; al contrario, me mandó que me callase; pero á mí me da lástima de la señora, su mamá, de lo que estará cavilando. No le ha pasao ná malo, gracias á Dios. Allá en Montevideo se encuentra, y con una colocación buenísima, según dice...

—¿Pero eso es seguro?—gritó el padre.  
—¡Vaya! ¡Sí que iba á engañarme él á mí! Les pueo enseñar las cartas.

La madre oía, fascinada, inmóvil. Una ola de sangre subía del corazón al rostro siempre descolorido, y lo enrojecía de púrpura. Pugnaba por hablar, por gritar, y un espasmo le cerraba la garganta. Agitó las manos en el aire y se dejó caer en un sillón, medio desvanecida. Las hijas, que ya estaban allí, corrieron al comedor otra vez, trajeron una servilleta húmeda, agua, vinagre; frotaron sienes y pulsos... Y la señora rompió en sollosos, en gritos delirantes.

—¡Mi hijo! ¡Hijo de mi alma!  
La «pícará» no sabía qué hacer. Sin duda había sido imprudente. Debió dar la noticia así, más poquito á poco...

—Bueno, señores, dispensar, que no ha habido mala intención...—murmuró confusa, disponiéndose á retirarse.

Don Elías la detuvo, casi con enojo. ¿Por qué no había dado antes la noticia?

—¡Anda!—murmuró ella, sonriente—. Si ya lo saben... Porque me prohibió que dijese á alma viviente palabra de lo que le sucedía. Y le parecerá mal cuando lo sepa; pero ahora ya no me

importa. Yo le desenfadaré, si se enfaa. Voy á juntarme con él; dentro de unos días embarco en Cádiz. Allá nos casaremos. Perdonen si estuve imprudente. ¡Y que les vaya bien, y tengan felices Pascuas!

Media hora después, la familia volvía á sentarse á la mesa, para acabar la cena interrumpida. Estaban contentos; las cosas se habían arreglado. ¡Ya les parecían á ellos fantasías lo de las trincheras, y lo de las balas, y todo lo que discurría la pobre mamá! ¡Esto era mucho más natural y sencillo, y ahora, á sacudir la pesadilla, á vivir! Y saboreaban la compota, con su gusto de canela, su color simpático rosa intenso. En los vasos, el jerez lucía un instante, y su sangre, trasegada á las venas de la familia, era animación y gozo.

La madre, aturdida aún, empezaba á reponerse, á darse cuenta... Su hijo vivía, su hijo era hasta feliz... Y, sin embargo, en el fondo del atormentado corazón, el hábito de la pena dominaba. El desaparecido le parecía más desaparecido que antes. Le parecía hasta muerto... Por él, nunca sus padres hubiesen tenido noticia de su existencia. Fué necesario que «aquella», la «pícará», se compadeciese, hablase, curase la llaga... Y el acibar de los celos se mezcló con el viejo poso de la desesperanza, removido. Al ofrecerle Celita, con cariño, una copa de vino generoso, contestó la madre:

—No... Bebed vosotros... ya que podéis...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

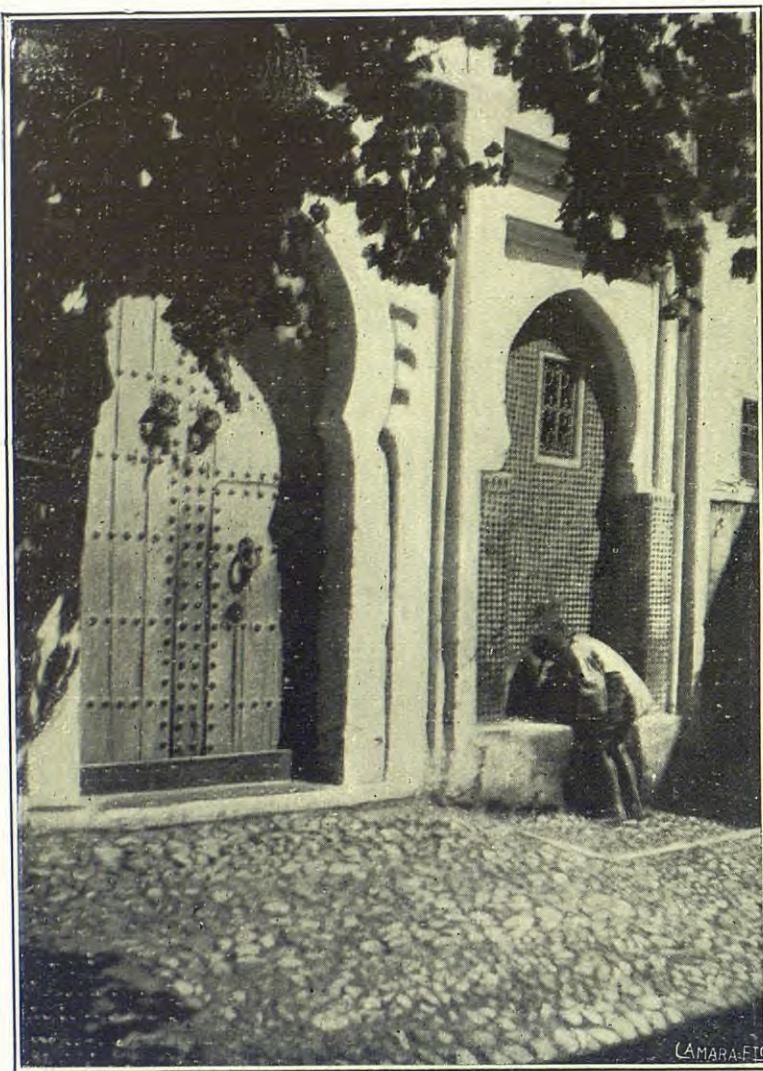
DIBUJOS DE PENAGOS



POR TIERRAS DE MARRUECOS



## TETUÁN



Fuente á la puerta de una mezquita



Los arcos de Siá-Saida

**T**ETUÁN! Mágico nombre que evoca la página más gloriosa de España durante el menguado y fatídico siglo pasado. Prim, O'Donnell, Ros de Olano..., los héroes más populares que tan intensa actuación tuvieron en la remota vida política de la extinguida centuria, culminaron su gloria de invictos caudillos ante los enhiestos muros de la blanca capital de nuestro protectorado marroquí.

Hubo que desprenderse de la preciada conquista por imposiciones extrañas, incomprensiblemente aceptadas de antemano, y Tetuán, tras haber visto rasgada su virginidad de mansión impenetrable por la presencia de nuestros victoriosos soldados, volvió al recato de su existencia silenciosa de profundo misterio...

Pero España sentía por Tetuán el amor que se tiene por la amante ingrata. No podía olvidar que moros andaluces, expatriados en mala hora, fueron los verdaderos creadores de la moderna Tetuán, quienes convirtieron la antigua burgada berberisca en una fiel prolongación de las bellas y encantadoras ciudades andaluzas que sus antepasados habían ennoblecido durante largos siglos y que tuvieron que llorar como mujeres, ya que no pudieron defenderlas como hombres... Y en Tetuán continuaron la vida interrumpida de Granada, Córdoba, Sevilla, ganadas para la Cruz como pérdidas para siempre para la enseña del Islam.

Tetuán vuelve en el siglo xx á ser el símbolo reconfortador de la expansión territorial de España, al convertirse en la capital de su menguada zona de influencia en el Imperio marroquí; zona valientemente disputada y ganada á la codicia extraña por el insigne estadista que hoy rige los destinos de España, el ilustre marqués de Alhucemas, cuyo título impropriamente se le confirió por su triunfo diplo-

mático, pues no fué el árido peñasco rifeño lo que ganó para España, sino una zona que, si no pudo ser mayor, fué porque su buen deseo y el de su benemérito colaborador, el ilustre diplomático Sr. González Hontoria, se estrellaron ante la insaciable avaricia ajena. Pero con poner pie en Marruecos, España ganó también el derecho histórico de su futura intervención en mayor escala y, por lo tanto, una recompensa mayor debió ser el pago de sus inestimables servicios. Un ducado del Rif ó de Yebala ó de la zona española de Marruecos ó cualquiera parecido, pudo haber sido más adecuado ennoblecimiento, ya que Alhucemas nada dice en el historial político y diplomático del Sr. García Prieto.



Alfarería en el zoco

Y tras las rúbricas que sellaron los tratados, el brazo ejecutivo de la historia de las naciones, el Ejército, aprovechó la coyuntura favorable que meses después se presentara felizmente para llegar de nuevo á los muros de la sagrada ciudad de los manantiales puros y cristalinos que le dan nombre, tras una intensa labor preparatoria política y diplomática, que dió por feliz resultado la ocupación de la capital de nuestro protectorado, sin que fuese preciso disparar un solo tiro. Y es que la sangre generosamente derramada en 1859, en el camino de Tetuán, estableciendo entre los indígenas el prestigio del Ejército, favoreció á los hijos de aquellos héroes, ahorrándoles una sangre preciosa, facilitándoles el segundo y definitivo arribo.

Y Tetuán volvió á ser española y lo será ya para siempre, porque no serían dignos de ser españoles los que consintieran en el abandono de lo que se ganó por fuerza, por derecho, por ingenio, por que por todos los recursos se alcanzó lo que mucho se amaba. Tetuán se convertirá, pues, en una ciudad española más, y de ello debemos felicitarnos los sinceros y entusiastas españoles que ansiamos constantemente una España siempre mayor, material y espiritualmente, porque el imperialismo es la única política que hace verdaderamente grandes á las naciones.

Pero, ¡ay!, la civilización de un pueblo superior no se pone nunca en contacto con la de uno tenido por inferior, en el concepto que en Europa se da al vocablo, sin que sus características sufran una sensible transformación. La civilización europea, entre sus inconvenientes, tiene el que tiende á homogeneizarlo todo, á nivelarlo, imponiendo una fisonomía uniforme, monótona, que no se presta á sensibles diferenciaciones, sobre todo estéticas.



La hermosa y exuberante civilización árabe, con sus características artísticas tan típicas, tan originales, tan distantes de la europea, sufrirá en Tetuán rudo golpe, como en todas partes donde el poder político imperante no se nutre de la savia del propio pueblo, sino de un dominador extraño.

La transformación en sentido europeo esfumará, lenta pero sensiblemente, el carácter árabe de la que hasta ahora fué tenida por sede y asiento de la más pura y ortodoxa tradición islámica.

Lloremos, pues, por la Tetuán artística, misteriosa y bella como una hurí, oculta tras el impenetrable secreto de sus tupidos velos, los que la conocimos antaño, cuando conservaba íntegra su virginidad de mansión de musulmanes, no profanada por la electricidad, los automóviles y el ferrocarril.

Abominemos como artistas de las profanaciones que ha sufrido y sufrirá en su integridad artística, en su espíritu islámico, en su fisonomía estética, y que causan el horror de los creyentes, que asombrados ven lo que ocurre en la sagrada tierra del Islam y que en silencio piden á Alá el término de tan cruento castigo como el que tienen que soportar en su fe de musulmanes, en expiación de sus culpas.

Aún perdura entre los tetuanés el escándalo á que dieron motivo los artísticos desnudos de una monumental farola emplazada en el Fedán, la Puerta del Sol del Madrid marroquí, con tan pobre criterio estético, que se despegaba en absoluto del ambiente. Es que así como en España se abusa de la ornamentación árabe en la decoración, en Marruecos se debe pensar que se impone la implantación del arte europeo, aun á riesgo de ofender el sagrado fuego de cada arte y cada país, malmaridándolos.

Y en política, en la administración, rige el mismo menguado criterio. En vez de seleccionarse escrupulosamente el personal apto, preparado



Una calle de Tetuán

para el caso, allá se remite el saldo espiritual sobrante de la administración de las antiguas colonias, sin recordar lo mal que nos fué con el sistema. Mas á pesar de ello, los ministerios tienen aquello como una sucursal de sus negocios, como una nueva colonia más donde mandar á los favoritos, no á los mejores; así es que el balduque marroquí es una prolongación del español, sin propósito hasta ahora de enmienda.

Y eso que el Ministerio de Estado, por iniciativa feliz del Sr. García Prieto, fundó en la Academia de Jurisprudencia un curso de estudios marroquíes, con la sana intención de preparar personal apto para los menesteres indígenas.

Pero sus sucesores no han seguido iguales propósitos, y ninguno de los diplomados, pobres ilusos que con entusiasmo fallido realizaron sus estudios, fiando en ellos más que en la influen-

cia nefanda, ha conseguido ver realizadas sus ilusiones de ser útiles en la labor de España en Marruecos, para la cual oficialmente se prepararon con toda la garantía que suponía la cuantiosa subvención que el ministerio otorga á dicha Real Academia y que sigue abonando religiosamente.

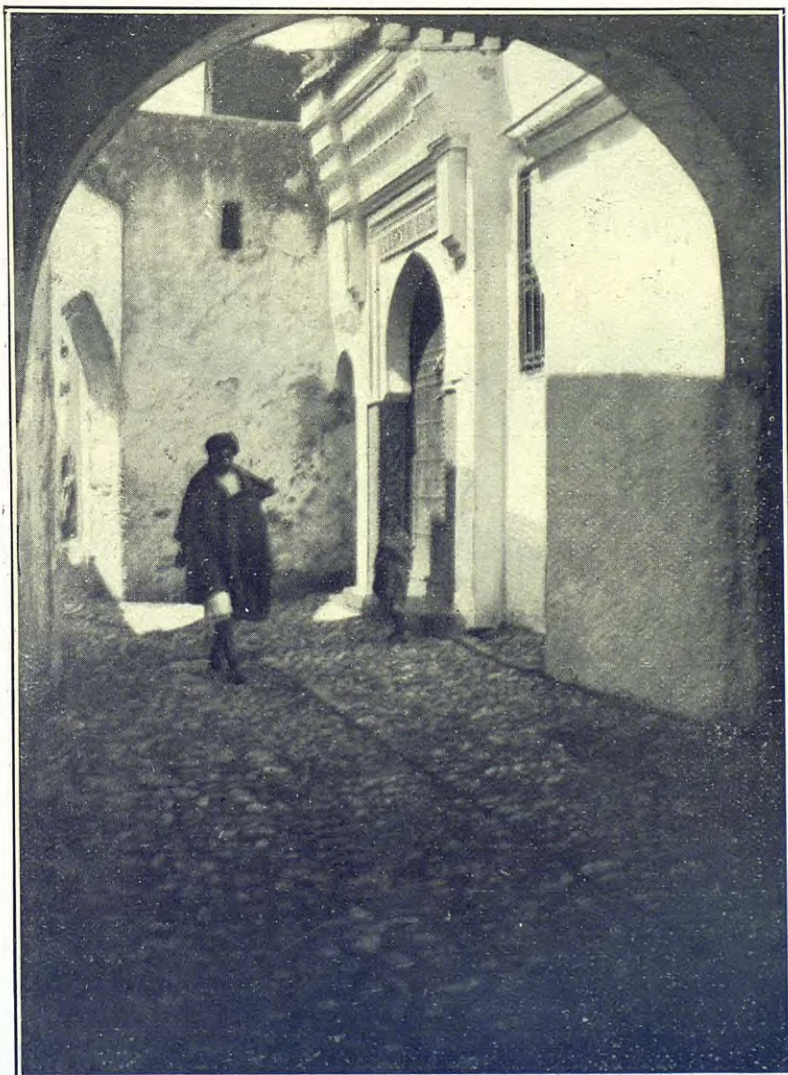
La guerra mundial, con sus hondos y palpitantes problemas, ha desviado la atención hacia la revisión de lo actuado por España en su minúscula zona marroquí; pero cuando algún día llegue el momento de liquidar, cuando España tenga que rendir cuentas del mandato recibido, ¿qué haber cuantioso, qué enmienda de sus desacreditados sistemas coloniales podrá presentar á su favor?

Es Francia, engolfada en la vorágine de la guerra, y ha tenido el prurito de amor propio de no desatender lo más mínimo su actuación en su extensísima zona marroquí; qué diremos de España que, libre de preocupaciones guerreras y teniendo á su cuidado un predio muchísimo menor, ha preferido abandonar sus deberes que cuidarse de algo más que mandar paniaguados de los personajes que, en su miopía intelectual, no han visto en Marruecos más que una nueva Cuba y Filipinas donde mandar lo peorcito ó lo más necesitado de cada casa.

En estos días, precisamente, se ha inaugurado el curso de la Academia de Jurisprudencia con el acostumbrado ceremonial. Pero si los estudios tienen la misma eficacia que hasta ahora, el instituto perecerá por inanición, por total ausencia de alumnos, convencidos todos de su absoluta inutilidad práctica.

Afortunadamente rige los destinos de la nación y del Estado el propio creador del instituto, y es su rector el ilustre ministro de Gracia y Justicia, Sr. Fernández Prida, lo cual nos hace esperar un cambio total de conducta en este respecto.

GUILLERMO RITTWAGEN



Puerta de una mezquita



Entrada al Fuki

FOTS. ANGHIFA

TIPOS ESPAÑOLES

# EL CHAMARILERO

Tiene la profesión, tan demasiado liberal, de estos hombres que viven de lo que primero pareció inservible y después pasó á útil é incluso ascendió á valioso, algo del centinela de una guarida de tesoros y viajeros maniatados y amordazados, algo también de pacífico y orondo vigilante de Museo. Un dibujo de Salvador Rosa y una credencial firmada por el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes podrían ser su retrato y portar su nombre.

Y además en torno suyo el hálito espeso de las alcobas de los enfermos cuyos muebles, cuyos libros, cuyos cacharros artísticos ó vulgares habrán de caer en las tiendas sórdidas, voraces y como elásticas del chamarilero. Y también se piensa en los misteriosos talleres de los alquimistas medioevales, y se siente una vaga melancolía imaginando que tales cosas tan amadas, tan confortadoras de nuestra vida cotidiana, tan bendecidas de recuerdos para nosotros, llegará un día que habrán de caer en manos del chamarilero, que las transformará, las falsificará y las atribuirá una vejez que no tienen y un poseedor bien distinto de nosotros para aumentarles el valor...

En España, y más concretamente en Madrid, hay varias clases de chamarileros, claramente definidos sus tipos, delimitados sus ambientes y muy distintos sus públicos respectivos. Viéneses á muchos, á casi todos más bien, como espasa de hierro á la muñeca y coraza de condenado á la cabeza, la *ele* con que el vocablo chamarilero cae en distinta significación de la de comerciar en trastos y muebles viejos. Y en esto sí que se parecen unos á otros por muy diferentes que sean sus tiendas, muy apartadas las calles donde viven é incluso afectan desdeñarse para ocultar éstos la envidia y aquéllos el vanidoso desprecio.

## EL TRADERO

El señor Exuperancio vive en una de las casas de corredor que hay en la plaza más ancha del Rastro. Debajo tiene su tienda que, como todas, reventó de una hinchazón de cosas viejas, polvorientas y rotas y derramó su contenido más allá, al otro lado del exiguo pasadizo de guijos. El señor Exuperancio se sienta en un sillón sin muelles ó se recuesta en una columna de escayola pintada y despintada y descascariada que sirvió en una fotografía para los retratos románticos de otro tiempo. Así espera el señor Exuperancio los parroquianos. El Exuperancio aprendió su profesión como aprendió la vida.

sin que nadie se la enseñara. Un día se puso dos chisteras viejas sobre la cabeza, se echó un saco al hombro y llevando en la mano izquierda un triciclo sin ruedas ni sillín, ó una estampa de enfermedades cutáneas, ó un sable del tiempo de Fernando VII, avanzó, como tantos otros ejemplares de su especie, por las calles del centro, gritando: ¡¡Traperooooo!!

El Exuperancio llegó á ser un artista del grito característico. Tan pronto lo alargaba en un lamento, como jugaba á hacer gárgaras ó parecía que acariciaba un gato de pelos electrizados. Tenía, además, la voz juvenil y ya enronquecida por el alcohol de tal modo que muchas veces sus mismos compañeros se detenían para escucharla y aprender las complicadas modulaciones del pregón. Aprendió pronto el señor Exuperancio á no andar muy lejos de los demás traperos para saber cuánto se había ofrecido por el palanganero incompleto, las veinte botellas vacías ó el uniforme de jefe de Administración apollillado y con pantalones blancos (porque el difunto sirvió en Filipinas). El Exuperancio jamás ofreció diez céntimos más de lo que los traperos llamados antes que él ofrecieron, y en cierta ocasión en que *El tuerto* se llevó por seis reales una cuna de hierro con aplicaciones de bronce que á él no le quisieron dar en una peseta treinta y cinco céntimos, le señaló al tuerto de un navajazo la mejilla opuesta á la de su ojo



también los *clava*. El no ha vendido jamás una cosa por el doble de lo que le costó. Eso sería no entender el negocio.

Ya no sale á vocear «traperoooo» por las calles. Compra los objetos á los traperos ambulantes ó á los carros que vienen á subastar su contenido de cuando en cuando. Es miembro del Comité radical del distrito, va los domingos con su familia á los Cuatro Caminos, se emborracha concienzudamente y, en los crepúsculos lentos y tristes de invierno, baja á los saloncillos de varietés.

## EL PRENDERO

Don Paco, «el del 104», tiene su prendería en la calle de Jacometrezo. No es la suya de esas de los sacos de pan duro á la puerta, y los flejes de hierro y las verjas rotas y los pedazos de barandillas de balcón dentro. No. Don Paco, «el del 104» se dedica á la compra y venta de muebles usados. Va á las casas donde ha muerto alguien ó donde dejaron cesante al padre, con su zamarra en invierno y su americana de alpaca en verano y su sombrero hongo en todo tiempo. Lleva los dedos llenos de sortijas falsas y

fuma puros en una de esas pipas demasiado culotadas de ámbar y espuma de mar que figuran una cabeza de marino, ó una mujer desnuda, ó un toro mogón del izquierdo. Don Paco no ofrece nunca por pocos muebles, siempre quiere gran cantidad.

—¡Más! ¿No hay más?

Las mujeres enlutadas y flacas se consultan con la mirada, lanzan un suspiro y se deciden.

—También el costurero, y la cómoda de alcanfor que trajo papá de Manila y el velador de la sala...

—¿No hay más?—insiste inflexible Don Paco, «el del 104». Por esto no se puede dar nada.

—Hay también un piano... Pero ese no queremos venderlo...

—Venga. Están ustedes de luto y ahora no lo tocan. Supongo será de cuerdas cruzadas.

—No, no es de cuerdas cruzadas. Es antiguo, está desafinado. Costó en otro tiempo cuarenta duros en una prendería.

Al fin don Paco se lleva todo lo que tiene algún valor en la casa en veintiséis pesetas y, como es generoso, dice:

—Vaya. Pagaremos á medias el carro.

Luego sale sin ponerse el sombrero; porque no se lo quitó un solo momento.

Las hijas de don Paco estudian en la Normal de Maestras, su hijo se prepara para perito elec-



nuero, con la piadosa intención de dejarle ciego.

Poco á poco fué el Exuperancio adquiriendo el derecho á que le llamaran señor Exuperancio. Primero exponía sus mercancías sobre un trozo de harpillera en la bajada del Rastro, después de los puestos de relojes, navajas de afeitar, calderos, libros, botas, collerones, y cerca de donde se expenden los librillos de papel de fumar y los montones de tabaco, enrojecido y negrozco, de colillas.

Luego pudo levantar el puesto con su toldo y pagar á un chico para que voceara mientras él vigilaba desde una taberna próxima jugando al mus ó leyendo *Las Dominicales* y *El Radical* y alternando el juego y la lectura con sus «quincitos» correspondientes.

Del tenderete pasó á alquilar una de las tiendas de la plaza central, debajo del cuarto con vistas al corredor para que se solazaran y cubrieran de mugre los chicos.

Era una tienda de esas heterogéneas y malolientes donde siempre se encuentra lo que se busca, pero roto é inservible. El señor Exuperancio conoce á los compradores que vuelven y revuelven mucho un objeto para preguntar luego el precio del inmediato como por casualidad. A esos compradores es á los que el señor Exuperancio le gusta *clavar*. En cambio á los que francamente piden el precio y no regatean...

## LA PRECISA.

GABINETES  
PAGO ALTOS  
PRECIOS  
HAY  
GRAMOFONOS



tricista, porque del tiempo en que su padre compraba bombillas fundidas se aficionó al progreso de las ciencias.

A los quince días de entrar los muebles en casa de don Paco parecen otros de recompuestos y barnizados. Sólo conservan de su época anterior las chinches. Don Paco se encarga de amueblar casas de recién casados modestos y de entretenidas modestas también.

Don Paco es liberal romanista. Ha estado á punto de salir concejal, y con este motivo entra gratis en el cine de la Gran Vía y se emociona con las películas sentimentales donde hay desahucios y una muchacha tísica llora al ver que se llevan su piano...

EL ANTICUARIO

El señor Gutiérrez de la Rasilla tiene almacén de antigüedades. Es el aristócrata de la camarilería. En los muros de su casa hay letreros en francés, un francés más correcto del que emplea el anticuario en sus viajes á París. De allí se



trae admirables falsificaciones que engañan á los mismísimos académicos de San Fernando y á los mismísimos críticos de Arte, sobre todo cuando se trata de primitivos del siglo xiv ó del xv y cuando se refiere á mallas y encajes, ó cuando es un Velázquez indiscutible.

En los escaparates, sobre damascos rojos y apolillados, coloca el señor Gutiérrez de la Rasilla cuatro ó cinco porcelanas, un relicario, un camafeo, tres coquillas, tal cual virgen de talla policromada, una hoja de códice y dos cuadritos del siglo xviii. El escaparate es lo de menos. Dentro es donde se hacinan las riquezas verdaderas ó falsificadas. No es únicamente la sala de abajo, en la que en torno de un amplio braseror dorado y sentados en sillones de floridos gualdamaciles celebran sus tertulias cotidianas aris-

tócratas de la Sociedad Amigos del Arte, pintores viejos, académicos y políticos de los que nada entienden y de todo hablan; no es sólo esta sala, repito, donde esperan los muebles, telas, armas, libros, imágenes, trozos arquitectónicos de viejos templos derruidos, tallas y esculturas, lienzos, cobres, lozas y cerámicas, la mano cándida que los compra. Hay dos, tres, cuatro pisos llenos.

Si se piensa en las innumerables casas de antigüedades que hay en las viejas ciudades españolas, unidas á esta de Madrid, es como si en los siglos xv, xvi, xvii y xviii no se hubiera hecho otra cosa sino preparar estos enormes almacenes de cosas viejas...

De cuando en cuando el señor Gutiérrez de la Rasilla recorre los pueblos castellanos en busca de vargueños, de cuadros y de libros de horas. Alterna estos viajes con los otros á las grandes ventas de París y de Londres ó á los centros de falsificaciones de antiguallas. Pero poco á poco son más escasos estos viajes. Hoy día se pintan Grecos en el más ignorado pueblo toledano con la misma perfección que en París, y se carcome la madera de un modo prodigioso que parece realmente obra de siglos.

El señor Gutiérrez de la Rasilla es consejero del Banco de España, tiene fincas en las provincias próximas á Madrid, es maurista acérrimo y católico de los de la Adoración Nocturna, procesión del Corpus y exaltación del Kaiser luterano. También es aficionado á los toros y desdeña la literatura y el arte contemporáneo.

Y cuando departe gravemente en su tertulia vespertina acerca de graves asuntos de ética ciudadana ó de pura y limpia estética, nadie puede imaginar que dentro le brinca el mismo diablillo de las horas de venta de lienzos dudosos y muebles sin ningún género de duda acerca de su modernidad, ó de las horas de pecado en el recóndito gabinete de la viuda de un ex subsecretario, venida á menos.

José FRANCÉS



CANCIÓN DE NOCHEBUENA



«Esta noche es Nochebuena  
y mañana Navidad.»  
La banal canción atruena  
las calles de la ciudad.

¡Oh, fiesta maravillosa  
de los pobres y los ricos,  
en que son la misma cosa  
blasfemias y villancicos;

y en la que al alma infantil,  
hecha de rosas y miel,  
dan su sabor pastoril  
la zampoña y el rabel!

En la clara argentería  
del vidrio afiligranado  
escánciame, amada mía,  
el vino dulce y rosado.

¡Venga á mi la copa llena  
de alegre diaphanidad,  
que esta noche es Nochebuena  
y mañana Navidad!

El Mesías que ha nacido  
en nuestras almas, mujer,  
nos devuelve el bien perdido  
de la confianza de ayer.

¿Que yo fui malo? ¡No importa.  
En el rosal de la vida,  
cuando una rosa se corta  
ya hay otra nueva en la herida.

Las antiguas ilusiones  
renacen de nuevo en mí;  
no me hables de mis traiciones,  
que me duelen más que á ti.

¡Al rosal del corazón  
ha vuelto Mayo florido!  
¡Dame en un beso el perdón,  
que yo te daré el olvido!

¡Quédese la vieja pena  
hundida en la obscuridad,  
que esta noche es Nochebuena  
y mañana Navidad!

¿Que pasará este momento?  
¿Que todo en el mundo pasa  
lo mismo que pasa el viento  
por delante de la casa?

¡Calla, voz denunciadora.  
¡Deja que sueñe un instante  
la eternidad de esta hora,  
propicia y acariciante!

¡Oh, mentira santa y buena,  
que debiera ser verdad!  
¡Esta noche es Nochebuena  
y mañana Navidad!

Juan José LLOVET

DIBUJO DE ECHEA

# AZCÁRATE

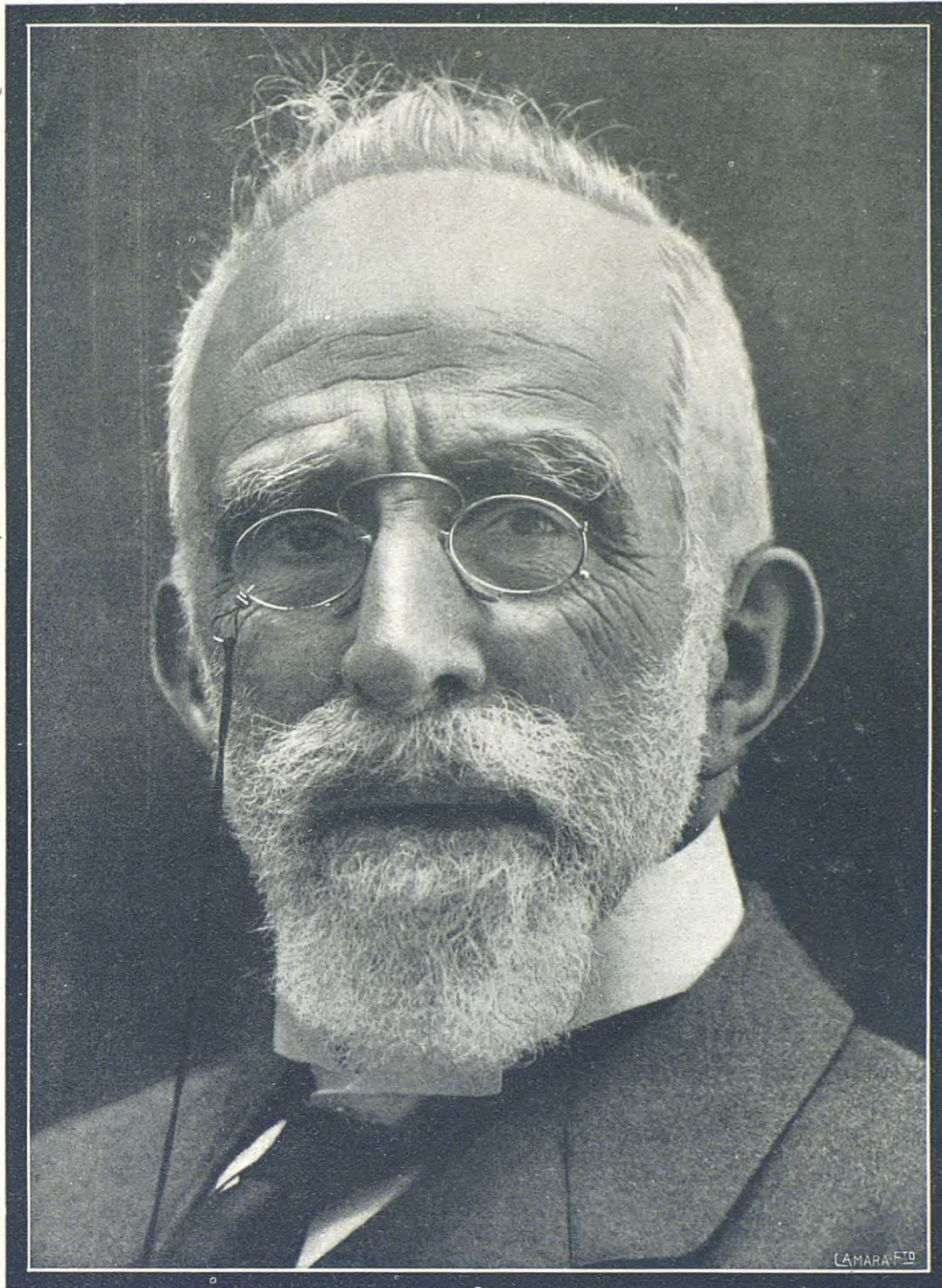
La muerte de Azcárate ha sido una muerte armoniosa: el coronamiento de una larga existencia laboriosa, austera, llena de idealidad. Ha sido como una extinción serena, como la consumición de una antorcha que ha ardido largamente. Octogenario, Azcárate, ha seguido trabajando hasta sus últimas horas. El ataque que puso fin a su vida le acometió en el Instituto de Reformas sociales, mientras daba posesión de la vicepresidencia al vizconde de Eza. Pocos días antes le hablamos y estrechamos su mano por última vez en el Consejo de Instrucción pública, donde el noble anciano habló con gran lucidez y con el espíritu de justicia, que era en él como una segunda naturaleza, de un asunto universitario pendiente. Fué su último discurso.

Por lo general, la muerte no es estética. Va acompañada de miserias orgánicas. Ofrece el triste espectáculo de la ruina de nuestro organismo físico, y acaso también del espíritu, ruina siempre dolorosa, ya sea prematura, ya traída por la decrepitud. Pero hay casos en que la muerte parece sentir la coquetería de envejecer en algún modo el horror de su frío beso postrero, poniéndose á tono con algunas vidas nobles. Son los casos de las muertes heroicas, en que el hombre, como un héroe antiguo delator de monstruos, vence á uno de los mayores: al terror del no ser. Son estas otras muertes serenas, al modo de la lámpara que ha quemado ya toda su esencia y cesa de arder. Así la de Azcárate, que trae á la memoria el dicho de los antiguos: *sicut vita fines ita*.

ooo

Muchos años hacía que trataba yo á Azcárate y experimentaba hacia él un sentimiento filial de amor y veneración. No fui conturbado ni asiduo visitante suyo; pero hay una clase de intimidad espiritual que no necesita del trato frecuente, y es como una afinidad electiva. Nuestras relaciones fueron en su origen universitarias. Azcárate fué mi maestro en el doctorado de Derecho, allá por el año de 1887, y de mis recuerdos estudiantiles emerge su figura, como la de Salmerón, la de D. Lázaro Bardón, el helenista; la del arabista Codera, la de Menéndez Pelayo, para no hablar más que de los muertos, dejando una estela luminosa de respeto y afecto en la memoria.

Aquéllos fueron los maestros, entre tanta gente insubstantial y vacua, y aun, en algún caso, ridículamente ignorante, como padecemos en las aulas. Explicaba Azcárate Historia de las Instituciones de Derecho privado, y era su clase una de las más instructivas y de las más atractivas del Doctorado, no por galanuras de elocuencia, sino por la riqueza de noticias, la clara y penetrante crítica y el sentido histórico con que el profesor exponía y comentaba la evolución



D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE  
Ilustre político y catedrático, que ha fallecido en Madrid el día 15 del actual

FOT. CAMPÚA

del Derecho privado. Su *Historia del Derecho de propiedad* puede dar alguna idea de lo que eran sus explicaciones, aunque el marco de éstas fuese más amplio.

Los que se figuran que todos los profesores del grupo de la Institución eran como ejemplares de una misma medalla, se engañan lamentablemente, bien que por lo general no se tomaron el trabajo de averiguarlo. La clase de Azcárate no se parecía á la de Giner, ni ésta á la de Salmerón. Giner no explicaba un programa de la asignatura. Trabajaba con un grupo selecto de alumnos acerca de algún problema de la Filosofía del Derecho, en estrecha colaboración con los estudiantes, que eran voluntarios y pocos, pues como Giner no examinaba, y lo advertía, desde el primer día se aclaraban las filas, y quedaban sólo los que sentían curiosidad científica. Don Francisco había hecho prácticamente en su aula, la reforma de la Universidad. Azcárate y Salmerón, ateniéndose más á lo que era de hecho y de derecho de la enseñanza universitaria y sigue siendo, explicaban su curso. Seguía Azcárate una rotación metódica de las partes de la asignatura, demasiado vasta para poder encerrarse toda en los días de clase de nuestro año universitario, sembrado de fiestas y de vacaciones, y eso

que los estudiantes del Doctorado, ni entonces ni ahora, eran ni son de los que, con cualquier pretexto, promueven la huelga estudiantil. Salmerón, en su clase de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras, explicaba también á un auditorio numeroso, mas no siguiendo, como Azcárate, una sucesión metódica y rigurosa de las partes de la asignatura, sino eligiendo cada año alguna cuestión fundamental.

ooo

No era Azcárate (¿cómo había de serlo un hombre de su valer y de su conciencia?) el tipo del señor catedrático, que desde su púlpito predica el evangelio científico á los escolares, y si lo aprovechan ó no, allá ellos, pues el señor catedrático, una vez terminado el sermón del día, sacude el polvo académico de los zapatos y no vuelve á ocuparse en el asunto. Azcárate era un maestro cordial, y casi hay redundancia en calificarlo así, pues sin amor, sin que el corazón tome su parte, no hay maestro verdadero. Se interesaba por los trabajos de sus alumnos. No les escatimaba el consejo y frecuentemente les prestaba los libros de su biblioteca particular. No olvidaré que cuando estaba yo redactando mi tesis doctoral, le debí preciosas indicaciones bibliográficas y el poder consultar algunos libros sobre antigüedades arias que me ayudaron á aclarar cuestiones de orígenes relativos á la evolución jurídica de la condición de la mujer.

Azcárate no era elocuente en el sentido retórico y pomposo que se da aquí al dominio

de la palabra. Sin embargo, la definición ciceroniana *vir bonus dicendi peritus* parecía hecha para su oratoria. Trataba bien, clara y razonadamente las cuestiones é iluminaba sus razones con el prestigio de su honradez y su austeridad. Era Azcárate hombre de verdad, no hombre de habilidad. Su vida austera, apartada de granjerías y medros, les parecía inverosímil y afectada á los peces de la política (aquellos peces de Galdós y tantos otros de similares especies). Por eso inventaron la patraña de los sueldos: la pingüe dotación de la presidencia del Instituto de Reformas sociales, que no tiene sueldo, ni dietas, ni gastos de representación, ni emolumento alguno, y no reportó á Azcárate el valor de una moneda de diez céntimos. El único sueldo que percibía Azcárate era el de catedrático, y cuando se jubiló por su edad avanzada y la Universidad se honró nombrándole su rector honorario, las únicas funciones oficiales que conservó fueron absolutamente gratuitas: las del Instituto y las del Consejo de Instrucción pública.

Azcárate deja libros llenos de doctrina, muchos discursos, una intensa labor de cultura en la Universidad y fuera de ella. Deja, además, una cosa más preciosa y más rara: un ejemplo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



ÉXODO DE LA POBLACIÓN RURAL EN EL NORTE DE ITALIA, ANTE EL AVANCE DE LAS TROPAS AUSTRO-ALEMANAS EN LAS LLANURAS DEL VÉNETO

Dibujo de Matania



MOMENTOS HISTÓRICOS

UNA MALA NOCHEBUENA

(24 de Diciembre de 1714)

PÁRRAFOS DE UNA CAMARISTA

**B**ORRASCOSOS y helados han corrido hogaño los vientos para la señora princesa, que en un punto y hora precisos se le ha deshecho el poderío y ascendiente sobre la hispana monarquía como la sal en el agua.

»Pensábase que era institución inmovible en la Corte y necesario apoyo del Rey, pues que por tanto tiempo le ha tenido ganada la voluntad, y cuando menos lo esperaba, todo se lo ha llevado el Diablo.

»Cierto que nadie más que ella ha tenido la culpa, pues que quiso deshacer lo mismo que ella tuvo poco antes tanto empeño en urdir, que fué el matrimonio de D. Felipe con la princesa Isabel de Farnesio.

»Al mal paso que le ha hecho dar de bruces con su influencia, no sé por qué me parece que no es ajeno el cardenal Alberoni.

»Entre una y otro parece que amañaron el enlace que ahora le pesa.

»El 14 de Septiembre de aquel año del 1714, celebróse en Parma, y por poderes, el matrimonio de Sus Majestades, y ya desde entonces comenzó la de los Ursinos á descender del trono de su poderosa influencia.

»La nueva soberana emprendió su viaje á España con lucidísimo cortejo que despidió al llegar á la frontera, dejando sólo de entre toda la servidumbre pamesana á la marquesa de Piombino.

»Detúvose en San Juan de Pie de Puerto para visitar á su tía, la viuda del rey embrujado, y parece que esta señora pisola muy bien al corriente de quién era doña Ana María de Tremouille, princesa de los Ursinos, y el influjo político y personal que tenía con el monarca; poco después hallóse en Palencia con Alberoni, quien acabó de hacer el elogio de la opulenta favorita, y ya desde estos momentos puede decirse que estaba echada la malaventura de su señoría.

ooo

»Don Felipe había salido á recibir á su nueva esposa en Guadalajara.

»La señora princesa dispuso que nosotros fuésemos hasta la villa de Jadraque, y allá partimos en dos coches de camino, asistidos por numerosa escolta.

»Más parecía que caminábamos al recibimiento de un cuerpo muerto que de una reina de España, según la melancolía que embargaba el ánimo de mi señora la princesa.

»Dos ó tres veces quise distraerla, tomando por ocasión la reseña histórica de algunos de los lugares por donde caminábamos, y no se dignó responderme. Aun pienso que siquiera me escuchó.

»Acercábase á todo andar la Navidad.

»El tiempo era crudo en extremo, como ya suele ser en esta época, y hubo que parar más

de lo ordinario para prestar descanso y abrigo á las caballerías.

»Entramos y salimos en las posadas y ventas sin conseguir que Su Excelencia rompiera el mutismo en que habíase encerrado desde partimos de Madrid.

»Al fin llegamos á Jadraque, y hubo que hacer espera á la soberana.

»Al anochecer del mismo día 24, en que la Iglesia celebra el nacimiento del Redentor del mundo, llegó Su Majestad.

ooo

»Con notable afecto recibió la Reina á la princesa; pero desde luego adivinábase tras las complicadas y falsas celosías de la etiqueta cortesana, que aquella afabilidad no tenía eco alguno dentro del corazón.

»No sé qué indicaciones osó hacer mi señora acerca de la hora de llegada en día tan frío, así como ciertos reparos en el vestir, mas ponderar la impaciencia con que D. Felipe la esperaba, que demudóse el plácido semblante de la soberana, tomando tales palabras por atrevimiento y desacato, y comenzó á decir, toda descompuesta, llamando al capitán de la guardia:

»—A ver, capitán, haced salir de mi presencia á esta loca que se atreve á insultarme.

»En el alma zaherida de la princesa revolviéronse á un tiempo todas las pasiones del odio en violento torbellino, y no pudo mostrarlas de otra manera que volviendo la espalda á la soberana y abandonando el aposento.

»Ibamos saliendo Su Excelencia y las damas de su servidumbre; pero de nuevo flageló, como un látigo, la voz de la reina:

»—Inmediatamente dispondrán su mismo coche, y sáquenla fuera de España.

»Amézaga, el capitán de guardias, permitióse, con mucho respeto, pretextando lo avanzado de la hora y crudeza de la estación, interceder, avalorando su ruego con opinar que aquella determinación habría de disgustar al monarca; pero la voz de la soberana diciendo: «Ahora mismo; lo manda la Reina», se impuso, y fué preciso obedecerla.

»Yo no quise abandonar á mi señora, y á pesar del regio mandato, que prohibía que nadie la acompañase, salí tras ella.

ooo

»Ni aun tiempo se la concedió para mudar de vestido; sólo el estrictamente necesario para enganchar las mulas del coche.

»Yo sola servía de acompañante; por escolta dos oficiales de la guardia, y esto más hubo que agradecerlo á Amézaga que á la Reina.

»Ni una sola queja floreció de los labios de la humillada señora.

»Todo el fuego de su ira y pesar, pienso que era bastante á derretir la espesa capa de nieve que alfombraba el camino.

»Llena iba su mente de encontrados pensamientos; pero sin duda que en todos privaba el

disgusto del Rey, que habria de procurarse á remediar la sinrazón tan pronto como della se enterara...

»Aliviado un poco su disgusto con esta idea, continuaban las jornadas aquella fría noche; pero en punto alguno nos alcanzó emisario de Su Majestad.

»Amaneciéron en pleno campo, sin venta ni cobijo alguno, y, sobre la incomodidad del sueño y del frío, comenzamos á padecer las dentelladas del hambre.

»Cierto que, á los oficiales y á mí, teníamos asombrado el callado rencor con que devoraba su caída.

»De allí á dos días, que se pasaron como Dios quiso, alcanzáronnos, cerca de Zaragoza, el conde de Chalais y el príncipe de Leuti, sobrinos de la princesa, que eran portadores de una carta del Rey, hartó fría y desdenosa, en la cual dábasele permiso para detenerse donde tuviera por conveniente, y ofrecíale seguridad de que todos los emolumentos y pensiones le serían satisfechos.

»Por boca de los mismos supo que ningún efecto favorable á Su Excelencia hizo al monarca la escena de Jadraque, y no la dió más importancia que si Isabel de Farnesio hubiese despedido á una camarista vulgar.

»Ni una lágrima asomó á sus ojos, ni una queja se cuajó en sus labios...

»Al fin llegamos á San Juan de Luz, donde quedó en libertad. Pidió licencia para visitar á la Reina viuda, Doña María de Neuburg, y no le fué concedida.

»En este punto hube el dolor de dejarla, pues, aunque mucho me quería, me dijo que era su propósito no sacar de España testigo alguno de su vencida grandeza.

»Bien me pesó, y muy llorada la tengo, más que por señora, por amiga cariñosa.

»Ahora dicen que vive en París, en casa de su hermano, el conde de Noimourtier...

ooo

»Jamás podré olvidarla; paréceme que siempre la tengo ante mí.

»Era más bien alta que baja, morena, con ojos azules, que eran fieles intérpretes de su pensamiento y de su ánimo. El rostro era agradableísimo, sin llegar á una belleza extremada. Había en su porte tanta majestad y tanta gracia, hasta para la cosa más insignificante, que desde el primer momento que se la veía robaba las voluntades.

»La conversación era deleitosa, amena y divertida; agradable la voz, y las maneras señoriles, sin estudiada afectación.

»Tal era mi señora la princesa de los Ursinos, dueña por mucho tiempo de los destinos de España y del corazón de aquel Rey feble, vano y voluntarioso que fué duque de Anjou...

Por el hallazgo deste papel,  
DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARIN



## El reloj del Amor y de la Muerte

Viejo horologio que evoca  
una galante conseja  
de amor y de hechicería  
del tiempo del rey poeta.  
Tenía aquel rey galán  
blonda y lacia la melena,  
mostacho á la borgoñona  
y ojos de ardientes ojeras.  
La novicia Margarita  
suspira:—Hermana tornera,  
¿cuya es esa dulce música  
que canta en la callejuela?—  
¡Triste es la paz del convento,  
en la calle es primavera  
y pasa el Amor cantando  
y están floridas las rejas!

La novicia está embrujada,  
anda triste y con ojeras;  
la hechizó el rey una noche  
de fragancias y de estrellas.  
El viejo reloj nos dice  
de la galante legenda  
en que el amor es un brujo

que ha endiablado á una doncella.  
—Magas fueron sus palabras  
y sus caricias brujescas,  
y hasta la noche tenía  
sortilegios de diablesa.—  
Ni exorcismos ni hisopazos  
curarán á la posesa,  
que cuando el Amor embruja  
va de veras... va de veras...

Muerta la vió entre los cirios,  
la vió y inunca así la viera!  
lirios eran sus mejillas  
y sus manos azucenas.  
Lentos latines litúrgicos  
zumbaban como colmena;  
un crucifijo tenía  
entre sus manos de cera.  
Mucho lloró el rey galán;  
llorando fué hasta la huesa;  
no fué más poeta nunca  
que llorando, el rey poeta.  
Y dió al convento en memoria  
el reloj de la conseja,

un reloj que toca á muerto  
todas las horas que suena.

La luna mira la hora  
en la envejecida esfera.  
—¿Qué miras, triste madrina?  
¡Es la hora de la legenda!—  
Giran buhos pensativos  
y sabedoras cornejas,  
aúlla un can lúgubremente  
y se santiguan las dueñas.  
—Blanca luna que te asomas  
con tu cara de clownesa,  
pájaros de hechicería  
que en torno á la torre vuelan:  
¿queréis saber qué hora marca  
en la polvorienta esfera  
de San Plácido? ¡Es la hora  
inmortal de la legenda!—

Emilio CARRÉRE

DIBUJO DE MARÍN



EL ARTE DE LOS BELLOS LIBROS  
BERRUGUETE Y SU OBRA



"Job"



"San Juan Bautista"



"David"

(Figuras del coro de la catedral de Toledo, originales de Alonso González de Berruguete)

DA motivo, harto más que suficiente, el nuevo libro del señor Orueta, *Berruguete y su obra*, para rendir público homenaje á sus editores desde estas páginas, donde procuramos siempre popularizar toda suerte de artísticas empresas.

Les era debida hace tiempo tal gratitud de lector y de bibliófilo por cómo los señores Calleja han ennoblecido el arte de los bellos libros españoles hasta un punto que significa un verdadero orgullo nacional.

El nombre de Calleja evoca en nosotros tiempos rosados y pretéritos, los cuentos brujos y quiméricos, las morales hazañas y los amenos apólogos. Acunó nuestra infancia toda aquella literatura ingenua y maravillosa de los cuentos de Calleja. Poco á poco las rutas editoriales se diversificaron, se ampliaron; adquirieron, incluso empaque científico y pedagógico. Pero siempre dentro de un criterio muy de la época del fundador, ya que estaba destinado á sus hijos Rafael y Saturnino darles esta bella orientación, tan moderna, y este selectísimo espíritu que caracteriza las nuevas publicaciones de la casa Calleja.

El arte editorial en España ha dado un paso gigantesco en lo que llevamos de nuevo siglo. Rápidamente nos hemos colocado á igual nivel que Francia, Alemania é Inglaterra. Y al indiscutible renacimiento de nuestras letras—que hoy día cuentan con cultivadores mucho más notables que en el desdichado final del siglo XIX—, responden la innegable riqueza y el depurado buen gusto con que los editores españoles rivalizan en presentar las producciones de poetas, novelistas y hombres de ciencia.

Doblemente notable es, por lo tanto, el triunfo de la casa Ca-

lleja, puesto que ha de luchar con terribles competidores y toda vez que á las dificultades de orden literario y artístico—como elección y selección de autores y materias, presentación original de las obras, etc.—, se unen ahora los enormes obstáculos del encarecimiento de las primeras materias.

Nunca atravesó el arte del libro época tan adversamente crítica como la actual. Abnegado y generoso empeño supone desde que comenzó la guerra la publicación de obras. Y, sin embargo, es precisamente en estos momentos cuando la casa Calleja comienza su renovación material y espiritual.

Bastarían las tres series de tomos que constituyen su *Biblioteca económica* para señalar la pureza estética de esta renovación. Comprenden: *Antologías*, *Autores contemporáneos* y *Autores clásicos*. En las *Antologías* van publicadas

páginas escogidas de Quevedo, Montaigne, Palacio Valdés, Clarín, Antonio Machado y Azorín. En la de *Autores contemporáneos*: *La esposa del sol*, de Gaston Leroux; *La pata de la raposa*, de Pérez de Ayala; *Zanahoria*, de Julio Renard; *La cartuja de Parma*, de Stendhal, y *Los galeotes*, de Alvarez Quintero. En la de *Autores clásicos*: *Los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León; *El libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita; *Calixto y Melibea*, de Rojas; *Cartas persas*, de Montesquieu, y *Poesías*, de Garcilaso y Boscán.

Simultáneas de esta biblioteca son la tradicional en la casa Calleja de los tomos de cuentos infantiles en ediciones lujosamente artísticas é ilustradas por dibujantes del prestigio de Bartolozzi, Rivas, Penagos, Echea y otros, y la de tomos de diversa índole, á cuya serie pertenece *Berruguete y su obra*, y donde se han publicado, además, *Parlamentarismo español*, de Azorín; *Platero y yo*, Estío, *Sonetos espirituales*, *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez; *Ortodoxia*, de Chesterton; *Cervantes*, de Paolo Savj, y *España y América*, de Rodrigo Zárate.

Esto en lo que al arte y á la literatura se refiere, ya que, además, figuran en los catálogos de la benemérita casa obras pedagógicas, científicas y los diccionarios de diversos idiomas.

Y siempre con esta norma de aristocrático esteticismo, de selección intelectual, de señorial distinción, que constituye la característica de los hermanos Rafael y Saturnino Calleja, jóvenes entusiastas y maestros en el difícil arte de hacer bellos libros.

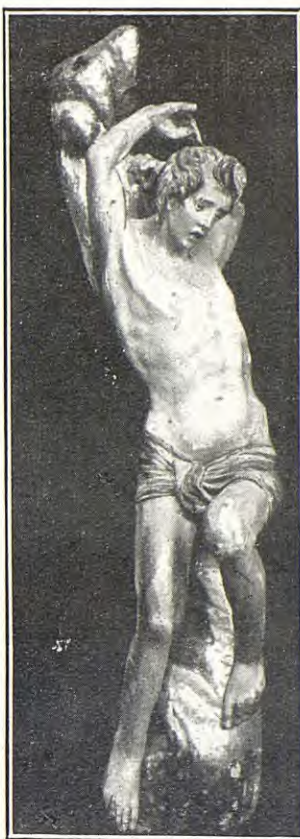
Don Ricardo de Orueta es un espíritu cultivado por el estudio y un escritor de cla-



El sepulcro del cardenal Tavera, que se conserva en la iglesia del Hospital de Afuera, en Toledo



"La Circuncisión"



"San Sebastián"



"La Epifanía"

(Obras originales de Berruguete, que se conservan en el Museo de Valladolid)

ro estilo. Orientado por impulsos de su sensibilidad hacia las investigaciones artísticas, ha publicado en revistas de autorizada significación trabajos muy interesantes. Es autor, además, de *La vida y la obra de Pedro de Mena y Medrano*, en la que se «descubría» la personalidad del gran escultor granadino con gran acopio de datos y atinadas observaciones, reveladoras de sagaz instinto crítico y sólida erudición.

Supera, si cabe, á la obra consagrada á Pedro de Mena, esta que ahora publica el señor Orueta—después de ser premiada por el Ateneo con el premio Charro Hidalgo—, y en la cual se estudia á Alonso González de Berruguete, el gran escultor castellano, que á pesar de sus reminiscencias italianas es, en nuestra humilde opinión, el que mejor



Detalle del sepulcro del cardenal Tavera

renacimiento del amor á nuestras riquezas suntuarias. El Sr. Artiñano publica en *Coleccionismo* notabilísimos estudios sobre cerámica y numismática.

*Glosario*, de Margarita Nelken, es un libro «mens Maclair», en el sentido comprensivo, exaltador y pleno de sensibilidad, que representa la crítica maucleriana, donde se analizan los exponentes de las modernísimas tendencias extranjeras y españolas.

En las dos obras catalanas publicadas por *La Revista*, se acusa la notoria influencia del arte moderno francés sobre los jóvenes pintores y escultores de Cataluña, y coloca en su elevado puesto la gran figura de Isidro Nonell, uno de los artistas más originales de nuestra época.

L.



"Judith" (coro de Toledo)

representa el alma de nuestra raza. Revela el libro del señor Orueta una labor concienzuda y recta. Paso á paso sigue la vida del artista, y pieza á pieza analiza su obra, de tal modo, que se ilumina para siempre la figura del más grande de los escultores clásicos españoles.

Precede á la parte esencial del libro del señor Orueta un estudio muy interesante, acerca de *La escultura castellana al comenzar el siglo xvi*, y luego de las notas críticas y biográficas acerca de Berruguete, sigue lo que el autor titula modestamente *Catálogo*, y es detallado análisis de cuantas obras se conservan del artista palentino en Olmedo, Valladolid, Toledo, Salamanca, Cáceres y Cuenca, y termina con extensa bibliografía.

Al texto español acompaña la traducción francesa, y lo completan y documentan 166 reproducciones fotográficas, la mayor parte de ellas hechas por el autor y con triple titulación en castellano, francés é inglés.

La nueva obra del señor Orueta viene á aumentar el número de publicaciones artísticas españolas, cada vez mayor, y que en este año se ha enriquecido con el *Catálogo de la Exposición de Tapices*, por Pedro M. Artiñano; *Glosario*, de Margarita Nelken; *La pintura francesa fins al cubisme*, de Apa y *L'obra d'Isidre Nonell* (editadas por *La Revista*, de Barcelona); *De arte gallego*, por Rafael Barreiro, y el tomo tercero de la monumental obra que acerca de *Goya* viene publicando Aureliano de Beruete, y al que consagraremos un próximo artículo.

Y es curioso ver cómo todas estas obras reflejan las verdaderas características del arte moderno en España y la amplitud que adquiere ahora la cultura artística.

El *Catálogo*, del Sr. Artiñano, significa este



"Abraham" (coro de Toledo)

# NOCHEBUENA CAMPESINA



*¡Nochebuena! Dios nace... Cantemos  
arrojando el dolor de las almas...  
Lleva el cierzo en sus gélidas ondas  
lentos sonos de tristes guitarras  
y cadencias de alegres cantares  
y rumor de nocturnas parrandas.  
Brilla el cielo en la noche inverniza,  
cae temblando la fuerte nevasca,  
y al borrarse senderos y lindes*

*viste el suelo su túnica blanca.  
Por el alto canchal de la sierra,  
sobre el techo de humildes majadas,  
rueda el ritmo que nace en los hatos  
donde rudos pastores declaman  
las bravías historias de lobos,  
las canciones de notas serranas.  
Bajo el recio zamorro de pieles  
iubilosas se encienden las almas,*

*y al amor de los secos tizones  
se duermen los viejos, los jóvenes cantan...  
Ruge la ventisca,  
y el viento que pasa,  
en sus ondas se lleva el romance  
de la loba parda.*

DIBUJO DE MARÍN

J. M.

# LA GUERRA EN INVIERNO



Soldados ingleses jugando con la nieve caída en el frente de Flandes

DIBUJO DE MATANIA

CIUDADES CASTELLANAS  
**PALENCIA**



Tablas castellanas donadas por el canónigo prior D. Juan de Ayllón, existentes en el altar del costado del coro de la catedral de Palencia

Me detengo unos días en Palencia. Es la única ciudad castellana que yo—andariego incorregible—no conozco. No sé nada de sus monumentos, de su historia, de su ambiente espiritual, de su riqueza. De Palencia no sé otra cosa sino que fabrica mantas, que su cacique se llama Abilio Calderón y que tiene un obispo muy inteligente, catalán, el Dr. Barberá y Boada, que regentando la diócesis de Ciudad Rodrigo, publicó muy notables Pastorales sobre el absentismo. Y aquí estoy, en Palencia, oteando su fisonomía, que es tan linda como interesante.

He aquí la característica de las distintas ciudades castellanas.

Salamanca es una floración del Renacimiento en plena llanura; Zamora es la ciudad del romancero, de piedras toscas y románicas, hosca y severota, recogida y pobre; Avila, encintada en sus murallas, sobre el valle del Amblés, se nutre del silencio e invita al éxtasis; León evoca los orígenes de nuestra formación histórica, y une la modalidad leonesa a la asturiana, preparando la transición de lo sencillo a lo complejo, de lo quebrado a lo curvo, de la llaneza central a la sutileza nórdica; Valladolid es la ciudad en proyecto, que fué corte y que dejó de serlo, que soñó grandes cosas y despertó misera, que fraguó un Imperio y no cenaba: el alma del siglo XVI y de Felipe II, su hijo. Pues Palencia es la burguesita del reino de Castilla, limpia, sencilla, clara y agradable, sin recovecos, sin complicaciones, sobria. Castizos soportales en su calle Mayor; casas solariegas anchas, grandes, cómodas; catedral gótica estupenda, de ábsides muy elegantes, un poco confusa e incongruente en su fábrica externa, llena de sorpresas gratas en su recinto; un paisaje sencillo y severo, sin la monotonía de los llanos de más abajo, ya que está roto por oteros y montículos; una tierra

fría que no tiene el color acerado y gris de la estepa, sino un matiz anaranjado y verdoso, como si ella fuera punto de enlace entre el tono

leonés del Norte y el apagado del Centro, que en Palencia se inicia, para diluirse luego en tonos opacos y parduzcos.

Esta impresión de claridad, de sencillez, de abundancia que da Palencia, se acentúa a medida que nos internamos en sus calles, que hablamos con sus gentes, que nos damos cate del ambiente inconfundible de la ciudad. Palencia, que simboliza el buen sentido castellano, su ponderación.

Hay muchos conventos en Palencia, y no le dan, sin embargo, el sello de pueblo levítico y clerical. Hay fábricas de mantas en las orillas del Carrión, y esta industria no parece rebosar los límites discretos de una elaboración casera y provinciana. Recuerda Palencia el sentido prudente de los heroísmos del Cid y los consejos sensatos de Teresa a sus monjitas del Carmelo. No en balde casóse el Cid con Jimena aquí en Palencia, en la hosca iglesia de San Lázaro—fábrica que tiene más de castillo que de templo—, y no en balde tampoco Teresa, al recorrer estos lugares fundando palomares místicos al servicio del Señor, recibió abundante y pródigamente los favores de los palentinos y del obispo de la ciudad, Mendoza. Esta nota de colaboración, de comprensión, de quietismo que no se mueve, pero que explica, justifica y ayuda la acción ajena, me ha parecido el sentido pretérito histórico de esta tranquila y aburguesada ciudad de los soportales y de las mantas.

Porque en Palencia advertiréis bien presto que nada disuena ni desconcierta con bruscos contrastes. No es tierra de fanáticos Palencia, pero tampoco es de indiferentes y de escépticos. No es flor del llano el romanticismo, ni la generosidad. Quiero decir, hablando en romance, que toda acción en el castellano es, inicialmente, una reacción de defensa personal, que podrá ser



"San Sebastián", cuadro del Greco, existente en la catedral de Palencia

después, en su desviación y desarrollo, manantial de sacrificios y vivero de abnegación, pero que nace directamente de una necesidad vital. Rodrigo Díaz de Vivar casa a sus hijas con unos palentinos, los condes de Carrión, no ya por fortalecer el prestigio y arraigo de la familia, sino porque son ricos los yernos. En todo el poema del Cid descansan alternativamente la gloria sobre el botín y el botín sobre la gloria. El castellano sabe que su deber primero es el de vivir, y aunque eleve los ojos al cielo, tiene bien firmes los pies sobre la tierra. Y, como Anteo, cobra nuevas fuerzas á su contacto.

Esta noble ciudad castellana no es un pueblo decadente y viejo como Valladolid—que espeja su catedral, deforme, panzuda y á medio hacer—, ni un pueblo elegante y rico como Salamanca, ni un pueblo místico como Avila, ni un pueblo tosco, altivo como Zamora, ni un pueblo prósper como León. Es, sencillamente, un pueblo sin adjetivos Palencia. Yo creo que no ha sufrido alternativas serias en el decurso de la Historia, como no experimenta graves contratiempos tampoco la bolsa, ni muy menguada ni muy colmada, de un burguesito previsor. Palencia vive como vivía antaño, y vivía como vive hoy. De espectadora más bien que de actora. Al margen de las cosas, sin meterse mucho en ellas. Con espíritu de curiosidad y de atención, no desprovista de simpatía, para las transformaciones que nos depara el futuro, preñado de misterios.

A medida que va entrando el espíritu en Palencia—y entra muy pronto en ella—se percata uno de que las cosas están mejor de lo que sospechaba gratuitamente, antes de conocerla. Da la impresión de que los palentinos obran un poco á la sordina. Todavía, por ejemplo, vive la ciudad comentando los pasados sucesos de Agosto. No pasó nada en ella; pero la represión llegó hasta aquí, llenando cárceles de presuntos cómplices. Y en el jardínillo, bien cultivado, de don Abilio Calderón, brota el cardo del descontento, que no estallará iracundo, pero que vivirá alentado limando resistencias.

No chillará agresivo, pero no perecerá confia-

do. El castellano es así. Perdona, pero no olvida.

En Palencia hay tan grato equilibrio entre las cosas, que no parece tener presente porque tiene historia, y que parece no tener historia porque ha ido renovando y remozando el aspecto de su ciudad. Un excelente buen sentido contiene este equilibrio; sin embargo, lo viejo no se oculta, y alterna con lo nuevo. Lo viejo, dentro de la economía palentina, es un elemento aprovechable y útil. Y lo nuevo y lo flamante no es tampoco presuntuoso, ni demasiado chillón. Parece que pide, ruborizado, permiso al viajero para ofrecerle sus respetos en un pueblo que fué corte, que cobijó á Sancho IV, que casó al Cid y que fué causa de aquel hombre ponderado y bueno que se llamó Barrio y Mier. Y el viajero no se asusta de la irreverencia, porque no adivina la huella del *parvenu*.

La catedral es muy hermosa. Un poco confusa é incongruente en su exterior, tiene unas naves elegantes, sencillas y esbeltas como palmas. La distribución del ábside es una verdadera maravilla. Varias tardes colmé mi espíritu, harto agitado en aquellos días, contemplando los primores de la iglesia mayor palentina. Es un gótico de transición el de aquella basilica; el arco de la puerta, espléndido, no casa después con la pobreza del remate.

Debió suspenderse la fábrica de la obra por penuria económica. Cada fachada es de un estilo. Dentro hay un precioso tríptico primitivo. Y un San Sebastián, del Greco, que ilustra estas páginas. Y una puerta repujada del coro.

Iglesias, y lindas, tiene también Palencia. La soberbia fachada de Churriguera, en San Bernardo, es de una sencilla sobriedad. Fué aquella iglesia fundada por Teresa de Jesús en la puebla de los telares de mantas, paraje harto atropellado y ruidoso. Los confesores de las monjas, para tener las penitentes cerca de la catedral, lograron trasladar el monasterio carmelitano al centro. En aquella iglesia de San Bernardo, morada hoy de siervos del Señor, pobres y humildes, contemplé un precioso patizuelo castellano, que tenía un carrito de toldo en el centro. En aquella

casa tocaba un tambor Santa Teresa para alegrar á sus hermanas, y en ella escribió también algunas de sus cartas más gráficas y expresivas.

Y en esta Palencia de hoy... Pues he advertido en esta Palencia de hoy un secreto recelo hacia Valladolid. De la misma dolencia padece también un poco Salamanca, y hasta León, aunque León explica su reconcomio con graves disertaciones eruditas acerca de las diferencias regionales; más profundas de lo que parece, que separan á leoneses y castellanos. No comprendo que este vano resquemor turbe ni poco ni mucho la placidez sólida de los palentinos. Palencia tiene su sello inconfundible, de frente á las distintas poblaciones castellanas. Tiene pasado y presente. Tiene porvenir, limitado, es cierto, por las pocas exigencias del que no sueña demasiado para despeñarse á la hora del despertar; pero lo tiene, y acaso su misión histórica consiste en no fluctuar con locos vaivenes, sino en mantenerse, poco más ó menos, la misma, á través del tiempo. De esta sensación de permanencia, de eternidad, de ponderación, de equilibrio, de sensatez, de limitación, de honestidad de aspiraciones, de amor al terrazo nativo, se contagia el viajero permaneciendo unos días en Palencia. Me gustaría volver para pasear, bajo los soporales, los días lluviosos, una mañana dominguera. Luego, siguiendo los pasos de alguna linda devota—he visto muy lindas palentinas en la calle—, me gustaría marchar á la catedral y perderme bajo sus naves, elegantes y bellas. Y después de comer, platicando con estos buenos amigos de Palencia, concluir, discretamente, el día, murmurando de D. Abilio Calderón y de los bigotes cubiertos de Eduardito Mendaro, el señor gobernador civil, que desde el *A B C* ha venido á Palencia para actuar de Poncio, perseguir el juego, extender las licencias de caza y silbar, al levantarse, hastiado de templar gaitas entre los diputados provinciales que se reúnen en la única casa presuntuosa—decorada por Gargallo—que puede señalarse en Palencia.

José SÁNCHEZ ROJAS



Puerta de ingreso á la iglesia de Santa Clara, de Palencia



Fachada principal de la iglesia de San Bernardo, de Palencia

FOTS. LUIS R. ALONSO



## EN EL CAMINO

EN el camino de Vicálvaro, frente á la tierra seca y amarilla de unos tejares que hablan de muchas vidas sórdidas, oscuras, misérrimas, siempre explotadas y siempre dispuestas á la explotación, paróse el carro tirado por unos cansinos caballejos. Una mujer y un hombre, la eterna pareja condenada en todos los dramas del vivir, sentáronse á la vera del camino, sobre unas piedras medio enterradas en el suelo. A su lado, un chicuelo sucio y escualido, con señales y máculas de degeneración y de miseria, miraba á lo lejos, clavados los ojos en una choza que alzaba con pesar sus paredes de adobe.

Caía la tarde. El sol tenía resplandores encendidos de púrpura, que teñían el horizonte de vivo carmín. Los cerros lejanos parecían manchados de sangre bajo la luz. El crepúsculo adormecía la tierra en un silencio de muerte.

Sobre el carro se amontonaban muebles y trastos viejos: unas sillas inválidas, una cama de hierro desvencijada, una mesa mutilada en una de sus patas, ropas descoloridas, algún cuadro comido por la polilla... Desde lejos, quizá pudiera suponerse, en una exaltación de los sentidos, que era la carroza de unos cómicos andariegos, hijos de Tespis, descendientes venidos á menos de los gloriosos y traviesos comediantes de antaño, que llevaron por todos los pueblos sus burlas y donaires. De cerca, en una triste realidad, era un carro viejo, medio podrido, abrumado bajo el peso de muchas cosas rotas é inservibles.

El doloroso encuentro picó mi curiosidad. Adiviné en seguida el dolor de unos seres sobre los que pesara una sentencia que les obligase á vivir errantes, y quise contemplarlos á mi placer. Cerré el libro en que leía mientras caminaba. Me senté en una piedra medio cubierta de hierba seca. Y distraídamente observé á los tristes y sin ventura que, en medio del camino, miraban caer la tarde, precursora de una noche negra, muy negra, larga, muy larga, sin fin.

El hombre habló, sin reparar ó indiferente á mi presencia:

—¿Qué miras, chico?

El rapaz contestó en seguida, sin separar los ojos de la choza, que alzaba á lo lejos sus paredes de adobe:

—Miro la casa, padre.

Hubo un breve silencio, una pausa, que fué una angústia del diálogo. Luego el hombre continuó, poniendo en las palabras un acento de maldición y dando á los brazos un ademán de enérgica represalia:

—¡Amén de Dios que arda y se lleve sus cenizas el viento!

Entonces todos callaron. La mujer levantó los ojos, unos ojos muy profundos y muy tristes, y los llevó hacia el campo, allí donde se levantaba la casucha bajo unas nubes que el sol crepuscular encendía en una gesta de fuego. Y dos lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas.

Un instante evocó la tragedia de la barraca valenciana, de aquellas tierras del *tío Barret*, un día pródigas y florecientes, luego secas y estériles, más tarde limpias por las manos de una familia desventurada y trabajadora, por último incendiadas y siniestras como tierras castigadas y malditas. En la barraca de la huerta buscó refugio Batistet contra las tormentas de la vida; en ella sentó sus reales, indiferente á los consejos de la experiencia, sabia por prudente y por vieja; sus manos, encallecidas en la lucha, limpiaron de maleza los caminos, echaron la simiente en los surcos y plantaron la vid que daría con el tiempo sombra apacible y patriarcal; sus ojos se recrearon en la muda contemplación de las paredes recién encaladas; se regalaron sus oídos con el rumor del agua en las acequias; sintió, en fin, la íntima y saludable satisfacción de haber infundido nueva vida á unas tierras que estaban muertas. Allí soñó Roseta, la pobre núbil, en sus ideales de moza codiciada, cuando el sol mañanero rompía las últimas sombras de la noche, mientras chillaba la garrucha del pozo, ladraba el perro alegremente y los gallos lanzaban al aire sus gallardos cantos de reto. Allí enfermó Pascualet, la víctima inocente de unos odios de

abencerrajes, el pálido *albaet* que voló á la gloria, navegando en el azul del misterio, en una caja llena de flores, blanca y risueña como una góndola. Allí también, como desenlace adivinado y previsto por el *tío Tomba*, se fraguó la tragedia que estalló al fin en un incendio devorador é inclemente, que lo arrasó todo, la barraca y las tierras, y dejó á la pobre familia de Batistet sin pan y sin casa, con la vida delante como un desierto, y arriba el cielo, frío en su serenidad imperturbable.

Quizá ahora se repetía el drama de la huerta valenciana. Puede ser que no tuviera tantas escenas de crueldad; pero es posible que tuviera en el fondo, como palpitación de las luchas humanas, los mismos gérmenes de la pasión y del odio. Esta pobre familia parada en medio del camino, con su carro cargado de trastos viejos, bajo la gloria de un crepúsculo resplandeciente, lloraba y maldecía el abandono de una choza de adobes que les dió abrigo contra las inclemencias del vivir. Este hombre también pudo limpiar los caminos, abrir los manantiales de un pozo, sembrar los granos que habían de ser espigas esbeltas y doradas, y regalarse con la contemplación de las tierras florecidas y sonrientes. Esta mujer también pudo encalar las débiles paredes de la casa y amontonar la leña para el hogar y para el horno. También este rapaz pudo ser víctima del rencor infantil en la escuela ó mientras jugaba. Todos juntos habían sufrido, sin duda, la hostilidad de sus semejantes, porque todavía los hombres son capaces de la envidia y del odio, y unos á otros se persiguen, se condenan y se matan. Y en tierras castellanas puede también haber una casa maldita, incapaz de reposo y de redención, como la barraca del *tío Barret*.

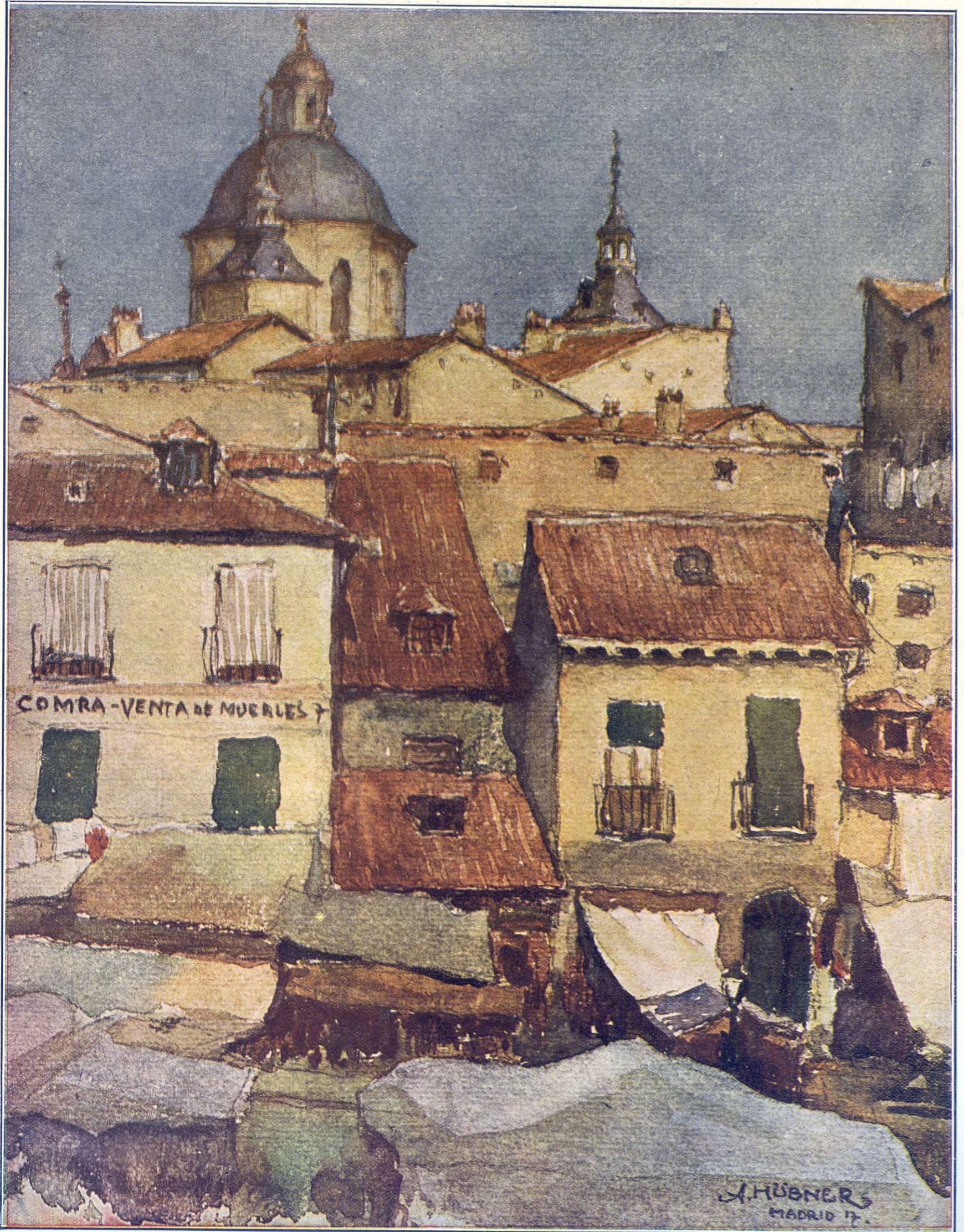
Tal vez por eso esta pobre familia cargaba sus trastos viejos en un carro y pensaba comenzar y rehacer su vida, mientras iba cayendo la tarde, en la soledad del camino.

José MONTERO

DIBUJO DE MEDINA VERA

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



RINCÓN MADRILEÑO, acuarela original del pintor alemán A. Hübner



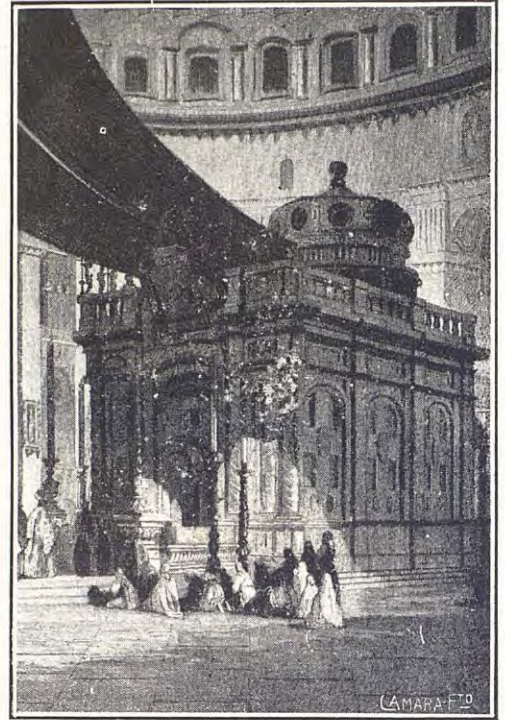
LAS CIUDADES DE LA GUERRA  
**JERUSALÉN, LIBERADA**



Iglesia del Santo Sepulcro



Tipo judío de Jerusalén



La capilla del Santo Sepulcro

**J**ERUSALÉN, liberada!... He aquí el suceso más grande de esta guerra que destroza á Europa. Evacuada, como dicen los telegramas alemanes, ó conquistada, como afirman los ingleses, el hecho es que los musulmanes han sido expulsados de la Ciudad Santa, por cuya liberación tantas empresas acometiera la Cristiandad. La voz tonante de Pedro el Ermitaño, el predicador de las Cruzadas, parece que vuelve á conmover el mundo, y la espada de Ricardo Corazón de León alcanza al fin la victoria retardada cinco siglos. Cualquiera que sea la suerte de la guerra y acabe con la victoria de unos ú otros combatientes, Jerusalén y las ciudades llenas de recuerdos sagrados que la rodean, no podrán volver á caer bajo la dominación mahometana. Acaso, en lo porvenir, sea esta tierra misteriosa, sometida á inexcrutables designios, causa de nuevas luchas entre los pueblos occidentales. Porque, ¿qué suerte

le espera? ¿Se reconstruirá en ella la patria hebrea y acudirán á la Judea resucitada las fortunas fabulosas que han acumulado los descendientes de Abraham? ¿Se constituirá una nueva sede pontificia y podrá Roma trasladar las cenizas de San Pedro á las orillas del mar de Tiberiades? ¿Se internacionalizará la Tierra Santa y se hará de ella un santuario de la paz, ya que el templo que se le erigiera en La Haya á la esquivada diosa, no ha sido amuleto eficaz contra la guerra?

Cualquiera que sea la solución, y cualquiera es posible menos la de volver á manos musulmanas, se advierten dos grandes peligros.

El primero es el de constante recelo que entre católicos, protestantes y cismáticos, despertará la posesión de los Santos Lugares, tanto más enconado y suspicaz, si se entrega su dominación al pueblo judío. El segundo peligro, acaso más grave para todo espíritu culto y amor de la tradición y la poesía, es el de que la civilización lleve sus superficialidades brillantes á la Tierra Santa y la transforme, arrancándole el ambiente de triste y dolorida melancolía, que es su mayor encanto, porque en él se evocan más dulce y fervorosamente los sucesos prodigiosos que engendran el Catolicismo.

Recordamos las palabras de Chateaubriand: «Jerusalén es triste, pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas; la soledad de Sión, cubierta de luto, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la



Nómadas provisionándose de agua en un manantial de Tierra Santa



La mezquita de Omar sobre los cimientos del templo de Salomón



Interior de la Puerta de Oro, en Jerusalén

cuna, con nuestras reflexiones de la edad madura y con nuestros pensamientos puestos en un más allá; no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que sienta uno latir su corazón. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan con las imágenes de la misericordia y de la salvación; una muchedumbre arrastrada por el furor; el justo condenado, la traición que se castiga a sí misma, el arrepentimiento, la compasión, la adhesión más firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes más sublimes, el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo y la esperanza que de El desciende: he aquí lo que se encuentra en medio de las ruinas de Jerusalén. Vemos nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la Humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia.»

Parecen proféticas las palabras de Chateaubriand. Podríamos contrastarlas con las de Renan, que nos hablan de la misma desolación, de la misma tristeza, de la misma melancolía. Lamartine mismo, que poetiza cuanto describe, nos dice: «¡He aquí Jerusalén! Montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin grandeza; algunos pedruscos pardos, y de trecho en trecho, alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los flancos escarpados de la colina; las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad apareciendo á lo lejos sobre la cumbre de Sión. Por la parte de Arabia vese una espe-

cie de abismo que desciende de entre montañas negras y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo del viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningún pájaro que haga oír sus trinos en los caminos ni en los campos... tal es Jerusalén.»

La civilización, haciendo un gran puerto en Jaffa, donde cómodamente desembarquen, más que las peregrinaciones de creyentes, las caravanas de turistas; construyendo hoteles, de espléndida residencia, en todos los lugares citados por el Antiguo y el Nuevo Testamento y uniéndolos por vías férreas; repoblando los campos y embelleciendo las ciudades, ¿no le quitará á la Tierra Santa este aspecto de dolor que evoca las trágicas palabras de Isaias?

De todas suertes, la liberación de Jerusalén plantea allí problemas de orden religioso, que seguramente se intentará resolver antes de que termine la guerra. La dominación otomana, que en los postreros tiempos, sacando buenas utilidades á la fe cristiana, era tolerante, había sido durante siglos tiránica y profanadora. Siguiendo los datos que reúne el historiador judío Josefo, se advierte cómo desde Solimán, los sultanes que reconstruyen Jerusalén se complacen en alzar los monumentos de la fe mahometana sobre los sillares de los edificios sagrados del pueblo hebreo. Así la mezquita de Omar se alza sobre los cimientos del templo de Salomón. Si Palestina se convirtiese en una nación independiente

y se la entregase á un Estado hebreo, ¿no se alzaría en todo el esparcido mundo judaico un clamor para que la profecía se siguiera cumpliendo y no se alzara en aquel lugar piedra sobre piedra? Así también, desde 1560 está convertido en mezquita el espléndido templo que hizo construir Santa Elena, en el lugar donde Jesús cenó con los apóstoles y donde predijo la traición de Judas.

Cuando se recuerda que después del tremendo drama que transformó al mundo desde la humilde cumbre del Calvario, Jerusalén ha sido cercada, asaltada y rendida diez y nueve veces y saqueada y destruida las más de ellas, se tiene la convicción de que una fatalidad inexorable pesa sobre la Hija de Sión y de que en cada siglo llega una hora de dolor y de violencia que destruye cuanto se ha edificado y reconstruido en los años pasados. No ha habido ahora destrucción. Alemania proclama que hizo evacuar la ciudad á los turcos porque aquellos lugares sagrados no deben ser teatro de combates. En efecto, las piedras que cubren el lugar donde reposó el cuerpo maltratado y herido de Jesús, se hubiesen estremecido de espanto viendo cómo los humanos no oyen el *Pax vobis* en que se encierra toda la doctrina del Salvador. ¡Y he aquí que, recién recobrada para la Cristiandad la ciudad trágica, se aparece ya como el enigma de un porvenir preñado de nuevas contiendas!

MÍNIMO ESPAÑOL



La tumba de David en el monte Sión

# PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



No habéis oído hablar de los gnomos? La leyenda nos dice que estaban dotados de inteligencia superior y que en el fondo de las montañas guardaban fabulosos tesoros, que la ambición de los hombres buscaba en vano un día y otro día. La coquetería femenina pudo más que la brusquedad del sexo feo, y ante las súplicas mimosas de la mujer, el gnomo salió de las peñas llevando en las manos el mejor de los presentes que pudiera anhelar. Eligió entre sus riquezas el más oculto secreto y con él la clave de la PERFUMERÍA FLORALIA.

«—¡He ahí las prodigiosas creaciones «FLORES DEL CAMPO»! ¡Contemplad el exquisito JABÓN, la COLONIA higiénica, los sutiles adherentes POLVOS DE ARROZ, EXTRACTO, RON QUINA, BRILLANTINA, LOCION...! ¡Con ellas te doy el primero de los tesoros: la belleza! Ya no tendrás que temer al empuje de los años ni á las inclemencias del tiempo. Tu rostro será siempre fino, delicado, juvenil, y los más altos príncipes de la tierra se disputarán tus sonrisas. Que la seducción sea eterna en vosotras.»

Dijo el gnomo, y haciendo una graciosa pirueta se enterró en las montañas.